

ANÍBAL NORBERTO PONCE

# AVELLANEDA

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »

684 — CALLE PERÚ — 684

1920

UEX-BICC

**TS-6586**





R/4429

CEXECI

AVELLANEDA

015666852  
i15285540

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 404927

## DEL MISMO AUTOR

---

*Eduardo Wilde.* Apuntes para un estudio crítico. Premio de la Universidad en los Juegos Florales de Tucumán, 1 vol. Editor Spinelli, 1916.

*La obra literaria de Lucio V. Mansilla,* en la revista *Nosotros*, 1918.



ANÍBAL NORBERTO PONCE

---

# AVELLANEDA

*A mi amigo Julio M<sup>e</sup>. Recuer-  
do afectuoso.*

---

*Aníbal Norberto Ponce*

---

12/XII/921

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y CASA EDITORA « CONI »

684 — CALLE PERÚ — 684

---

1920





## AVELLANEDA

---

Diez y nueve años tenía Avellaneda cuando, para distraer sus ocios de escolar en vacaciones, arrojaba a la vida nerviosa de la época las hojas volanderas de su *Eco del Norte*. Las palabras finales del prospecto merecen recordarse como su inicial profesión de fe política: « El *Eco del Norte*, nuevo heraldo confiado en la protección que siempre encuentran los buenos intentos, viene a invitarnos a salir al encuentro del porvenir, borrando antagonismos regionales, intereses localistas, dentro de la unidad nacional » (1).

Siete años después, representante en la legislatura provincial, pedía para la ciudad de Buenos Aires el honor de convertirse en el asiento del primer Congreso Nacional, desde que esto sólo sería colocar a Buenos Aires en su rol histórico. « Porque es ley de la humanidad, dice,

(1) *Discursos y Escritos*, tomo VII, página 12.

el pensamiento con que se mece la cuna de un pueblo, es la profecía de su destino; y Roma no hubiera desde el Capitolio gobernado el mundo, si la Etruria, ese santuario de la Italia primitiva, no la hubiera educado con la voz de sus tradiciones prometiéndole la dominación universal... La campana que en Buenos Aires sonó las primeras alarmas de la Revolución, anunciando el despertar tardío de este continente, dijo también a los pueblos que en su seno se hallaban refundidas la vida, el alma y la civilización de este gran territorio argentino, que hablaba por su voz, alboreando como la aurora sobre los negros horizontes. Y desde entonces, atravesando tiempos adversos o prósperos, la vida de Buenos Aires ha sido la vida de la República entera (1).» La réplica fué sugestiva. «Yo no soy poeta, señor Presidente — dice el diputado Tejedor, — así no puedo seguir al señor diputado que ha hablado a nombre de la comisión, en los argumentos puramente de imaginación que nos ha desenvuelto... Este debate no habría tenido lugar si no supiésemos hoy quiénes quieren hacer de Buenos Aires la capital de la República, y que la reunión del Congreso aquí no es

(1) Item, tomo IV, página 33.



sino el primer ensayo de este plan. Cuando varios diputados, pues, combatimos el proyecto, no combatimos el *hospedaje provisorio*, sino este error que, a nuestro juicio, puede ser funesto a la Nación y a la Provincia... Porteños, en una palabra, defendemos las instituciones de Buenos Aires contra los porteños que quieren cambiarlas por un poco de gloria, por el vano nombre de capital. » Visto con el criterio sereno de las generaciones alejadas en el tiempo, este incidente, que nadie recuerda, nos parece de un gran valor simbólico. He ahí dos hombres, dos tendencias, dos lenguajes. De un lado, el espíritu nacional retomando el hilo roto de la tradición revolucionaria ; del otro, resabios aldeanos perturbando con mirajes engañosos la visión clara de los hechos. Malgrado lo rutilante del estilo, el lenguaje de Avellaneda es el nuestro ; Tejedor, hablándonos de provincianos y porteños, nos parece emplear los términos de un idioma arcaico.

Diez y ocho años más tarde, los mismos actores plantearían el mismo conflicto en términos idénticos : el *gobernador* Tejedor declarando que el poder de la Nación era su huésped ; el *presidente* Avellaneda repitiendo que la capital en Buenos Aires era « el voto nacional, porque es la voz

misma de la tradición y la realización, bajo formas legales, del rasgo más característico de nuestra historia » (1). Pero no en vano había corrido el tiempo : el « argumento imaginario », transformado en hecho histórico, cerraba en forma definitiva un largo capítulo de nuestra vida.

En tres jalones sucesivos, de 1856 a 1880, hemos visto desenvolverse al pensamiento avellanedian, con la admirable simplicidad del trazo rectilíneo. El hecho, con ser típico, no es único. De ahí la magnífica unidad de su obra armoniosa : ideas intuídas en la juventud, afirmadas en la adolescencia, son llevadas a la realidad en su madurez.

Hay en las primeras palabras de Tejedor una frase sobre la cual es necesario insistir. Para acentuar la inconsistencia del proyecto que rebatía, dice de sí mismo, entre despectivo y burlón : « Yo no soy poeta, señor Presidente ». Aco-gida por quienes veían un peligro en el naciente prestigio, la crítica insidiosa tuvo fortuna. Acostumbrados a la palabra ruidosa y al gesto exhuberante, este hombre pulcro en la palabra y en el gesto, debía parecerles un iluso extraviado entre realidades demasiado ásperas. Pero cuan-

(1) Tomo XI, página 464.



do la natural evolución de la vida les fué mostrando que aquellas quimeras se concretaban en obras y que aquellas manos, que no habían disparado un arma, eran muy capaces de descoyuntar rutinas, entonces se dijeron que para anular al gobernante no había medio mejor que exaltar al literato. Empezó así la campaña hipócrita que nos dió un Avellaneda que aún persiste, preocupado de encontrar lo agradable en detrimento de la idea, y para quien la acción política no fué nada más que un escenario de pintadas bambalinas, aprovechado en su momento, para lucir una arrebatadora elocuencia de *bel canto*.

No se le podrá comprender jamás mientras se siga creyendo que es el amor de las letras la línea que dibuja el perfil de su espíritu. Juzgar a Avellaneda por su exigua producción literaria — apenas un tomo en la docena de sus *Obras* — sería tan absurdo como juzgar a Alberdi por sus romanzas. Salvo contadísimas excepciones, la literatura fué, en Avellaneda, la embajadora alada de su política. Gracias a las virtudes de su estilo, miles de hombres se han sentido rozados por ideas que, de otro modo, hubieran quedado como doctrinas herméticas o especulaciones ineficaces.

Para quien estudie a Avellaneda con la absoluta sinceridad del que se siente incapaz del éxtasis pueril como de la mordedura sistemática, *la aptitud para el gobierno* se destaca de inmediato como el centro de su equilibrio mental. Una luz intensa ilumina así toda la obra. Las páginas en apariencia más independientes, adquieren de pronto un sentido insospechado. El estudio sobre *Tierras públicas* anuncia la conquista del desierto; donde dice *El libro y su lectura* podéis leer « Ley de Bibliotecas Populares »; en el discurso de Moreno se traslucen como con tipos en agua, las palabras de *Conciliación y Equidad*; en la repatriación de San Martín se adivina el intento de borrar la ignominia del destierro con la gloria de que su corazón descanse, no ya en el Buenos Aires de la disposición testamentaria, sino en Buenos Aires *capital de la República*; y aunque esto suene a paradoja, hay una misión diplomática en la galantería de un álbum en que promete a una dama brasileña traer del « país del sol tórrido y del suelo fecundo », una hoja de aquellas palmas frondosas a cuya sombra se deslizó su infancia.

Se explica así por qué hay una tan intensa sugestión educadora en este varón consular, que en un boceto de artista supo poner la intención



del político y en la obra política una vibración de hermosura. Así, el árbol cantado en el primero de los *Salmos*, al sentir en sus raíces la corriente de las aguas, daba siempre su fruto en la estación propicia, sin perder jamás, la belleza de su fronda.





## EL HOMBRE DE GOBIERNO

### I

La tradición conserva la juvenil figura de Marco Avellaneda, con la actitud que Echeverría predijo en la invocación dedicatoria de su *Dogma de Mayo*, como si el espanto de la tragedia se hubiera cristalizado en la visión inolvidable de una cabeza « desfigurada y sangrienta », articulando palabras de libertad con aquella su « voz que horripilaba a los tiranos ». La paciente laboriosidad de nuestros investigadores, descubriendo sucesivamente proyectos constitucionales y estudios económicos, nos obliga a reconocer rumbos seguros de estadista en aquel también poeta ingenuo, que meditaba a Lord Byron bajo su tienda de guerrero. Esas cualidades, que sólo tuvieron en su espíritu una expresión mezquina porque la *temperatura moral* les fué hostil, estaban destinadas a alcanzar su desarrollo más perfecto, en el hijo que llegaba a los cuatro años el día mismo del martirio.

Con esa rúbrica de sangre, aquel que — como en el verso esquiliano — « cayó donde es hermoso para los jóvenes caer », traspasaba al primero de su casa, los sagrados deberes de su estirpe patricia.

Como el heredero de los Barca, el nuevo Avellaneda se sabía depositario de un juramento ancestral. Todo le fué propicio : desde la fortuna de ser pobre, que intensifica el propio esfuerzo, hasta el resquemar del infortunio en el que funden los débiles y del que salen los fuertes, como los fierros de la hornalla. « ¡ Cómo es lleno de angustiosos recuerdos el pobre hogar del emigrado patricio, mientras dura su expatriación en la tierra extranjera ! Los días se van y los años se acumulan, y no se piensa sino en la catástrofe que le condujo al destierro. Se pasan y repasan en la memoria los acontecimientos últimos para comentarlos, para mutilarlos, para agrandarlos y hasta para modificarlos a su voluntad, porque la imaginación del proscrito, que no ve luz por delante, se vuelve hacia atrás, deshaciendo los hechos que fueron a su causa más funestos, para complacerse, siquiera por un momento, en absurdas perspectivas... La casa del emigrado es estrecha y no hay lugar separado para los niños. Todo se habla, se dice, en su presencia. Tienen el derecho de intervenir en la plática más grave y pregun-



tan, y se estimula su curiosidad para tener quizá ocasión de volver a los mismos temas. ¿Pues qué, el niño no se halla investido de igual título? Es también un desterrado y el mismo lo comprende y lo siente! » (1).

Dormita aún su inteligencia, cuando el niño vive ya una vida sensitiva muy intensa. Todo cuanto le impresiona se magnifica en una conmoción duradera. En esa edad no hay nada ínfimo: a los diez años, una palabra burlona hizo a Merimée impasible. Al herir células completamente vírgenes, las sugerencias de la infancia nunca mueren. Las exigencias imperiosas del momento actual pueden acallar los murmullos de la niñez remota. Ellos, empero, nos orientan como pilotos invisibles y, cuando llega el instante de la disolución irremediable, resuenan clarísimas las notas que olvidábamos.

Avellaneda niño, crecía en un ambiente severo de virtudes ciudadanas, en que todo le hablaba de la seriedad de la existencia. Aquellos hombres, ungidos por el cariño, que preferían sufrir miseria en tierra extraña antes que abdicar su dignidad estoica, constituían bajo una forma concreta, inteligible y animada, las más fecundas lecciones de moral: la adhesión a los principios, el honor de las persecuciones, la in-

(1) Tomo I, página 298.

molación ante el deber. Nadie faltaba : desde los guerreros que cubrieron de gloria la Revolución adolescente, hasta los sacerdotes que, con mano firme, pusieron sus nombres al pie del Acta de Julio. A veces, en las tibias mañanas, el cura Colombres descendía desde su villorio perdido entre montañas, hasta un apartado rincón de la Tupiza hospitalaria, donde el doctor Córdoba, sobre un montón de arena, a manera de improvisada pizarra, enseñaba a leer a los infantiles desterrados...

En otro ambiente, el hábito de sufrir en la edad de la imprevisión, se hubiera prolongado quizá, en esas vagas aspiraciones de infinito que tanto seducen a las almas temblorosas y lánguidas. Pero el joven proscrito vivía entre las impacencias de la acción inmediata. Día a día se esperó, durante años, la noticia ansiada. La expectativa angustiosa había tornado los cerebros, sensibles en demasia. El menor estímulo, sacudiendo la masa entera, corría a través de las redes de neuronas, en interpretaciones delirantes. « Apareció por ese tiempo un cometa cuya vuelta está anunciada para los primeros años del siglo próximo ; no lo vimos subir en el horizonte, porque se halla éste cubierto por la alta montaña rocallosa que circunda por uno de sus costados la antigua villa de Tupiza, y sólo fué apreciado cuando se hubo elevado como



un disco de luz rojiza sobre una de sus cumbres. Se salía a la plaza todas las noches, para contemplar el cometa durante horas enteras — no había otro espectáculo, — hasta que se creyó notar como una disolución por la mitad de la cauda del cometa y que ella se desprendía como un fragmento roto. « Es un buen pronóstico », dijo uno, haciendo un signo. Otro lo comprendió rápidamente y ya dijo con claridad: « es la caída de Rosas ». ¡ La caída de Rosas ! El anuncio no venía ya de los hombres, sino de Dios. La voz corrió entre los hombres, y había algunos sensatos y graves; llegó hasta las mujeres, y se despertó a los niños, que tuvieron esa noche fiebre, para anunciarles la buena nueva » (1).

Cuando llegado directamente del destierro, conquistaba en la Universidad de Córdoba, después de exámenes brillantes, un puesto de *pasante de estudios*, el rector quería postergar su nombramiento, por considerarlo demasiado joven. Avellaneda tuvo entonces una frase en que pinta toda la severa belleza de su infancia: « Señor rector, no olvide usted que el infortunio hace precoces a los hombres... »

(1) Tomo I, página 301.

## II

Para sus aspiraciones juveniles, dos grandes centros resumían la vida de la época : Paraná y Buenos Aires. Por el primero se inclinaban las influencias familiares, más vinculadas con los hombres de la Confederación. Pero el joven tucumano era un ambicioso... Una moral de catecismo ha condenado, en nombre de la humildad, lo que debiera ser la suprema virtud. La ambición es la exhuberancia vital de un organismo que rompe el molde común en que la herencia forja a todos ; es el impulso violento por esculpir el propio yo en la obra que sabe necesaria e imperecedera, y luchar por él y por él sufrir hasta imponerlo. Buenos Aires, cabeza y corazón de la República, en donde el padre también viviera su juventud febril, debía atraerlo con todos los prestigios de su gloria. Poco tiempo antes, refiriéndose a sus sueños, escribía a un amigo : « Muchas de estas ilusiones se han desvanecido para siempre, como son irrecuperables las hojas caídas del árbol ; pero me siento todavía muy rico y no me inquieta su pérdida » (1). Y con serena firmeza se decidió por Buenos Aires.

(1) Tomo X, página 8.

Un mundo nuevo se abre ante sus ojos. Deja a un lado la timidez lugareña, y entra resueltamente a participar de su vida. En el estado disidente pregunta ante todo, cuál es el tema político: no lo encuentra y se asombra. Separada de la Nación, Buenos Aires sólo se cuida de sí misma. «No hay actualmente en los hombres que dirigen su política — dice — un designio trascendente, un fin determinado, de aquellos que pudieran darle carácter y significación. Dedicados a las tareas de la administración y al desenvolvimiento de los intereses locales, no se preocupan un solo momento en señalar un término a la situación anormal y transitoria en que se halla la provincia. Como los calaveras, viven con el día (1). »

Una vez familiarizado con esas maravillas de la capital que tanto seducen a las imaginaciones mediterráneas, comienza a frecuentar su sociedad. Interroga, estudia, analiza, aprovecha las incitaciones extrañas *en frottant sa cervelle contre celle des autres*, como quería Montaigne, y al contar algunas de sus impresiones, nos deja estos apuntes de urticante mordacidad: «He comido en casa de N. N. tendero aristocrático, respetado por su probidad y sólida fortuna. En el modo de desplegar la servilleta, de abrir los

(1) Tomo I, página 2.



brazos, en sus gestos habituales, en todo revela la larga práctica del mostrador. Su mesa, su salón, parecen la prolongación de la tienda, y hasta cuando conversa no puede desprenderse de las expresiones más usuales del regateo. N. N. respira salud, contento de vivir, y su bonhomía sanchesca hace singular contraste con la nerviosidad y romanticismo de su mujer, que llora al no sentirse comprendida y se queja de no haber podido hacer su vida igual a su sueño... He conocido en X el tipo opuesto, el del estanciero porteño, tipo difundido y de rasgos característicos: confiado y generoso, impresionista y efusivo, disimulando mal su engreimiento localista, del que no puede defenderse, y que le hace ver en todo provinciano un intruso, o por lo menos, un comensal que se ha invitado a sí mismo (1). »

Y así, con el oído atento a todos los rumores, entre la niebla de mediocridad que lo circuía, buscaba con ansias la anhelada palabra de un maestro. Cuando llegó en su hora, fué como un deslumbramiento: todo lo que en su espíritu había de presentimientos indecisos, se polarizaron de pronto hacia el lampo de luz. Era el milagro del genio: acosado por miles, incomprendido por todos, Sarmiento despertaba en

(1) Tomo I, páginas 4 y 5.

un joven la inquietud de las alas. Avellaneda sintió de pronto la exaltación de su vida y en las largas páginas de una carta íntima corrió a volcarla con una emoción tan lírica, tan religiosa, que por momentos sus palabras se enronquecen. « La verdad es — escribe, — que sin que me detengan las prevenciones que le suscitan las inconductas reales o imaginarias que le atribuyen, las naturales resistencias que provoca su combatividad militante, atropelladora, yo me le he acercado francamente, atraído, conquistado por la irradiación luminosa y vibrante de su genial talento. ¿ Quién nos había señalado antes que él la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales ? La guerra social sopla por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban contra las ciudades, y éstas guerreaban entre sí ; y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre, sólo teníamos preconizadas por Zuviría y por Frías, que sigue sus huellas, las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones, la corrupción de las costumbres... y demás lugares comunes. ¡ Venerables lugares comunes, que disimulan en la sonoridad del discurso la ausencia de observación y de pensamiento ! Sarmiento ha sido el primero en explicarnos el carácter de nuestras luchas ; y desde el *Facundo* ya sabemos por qué peleamos, cuáles son los

elementos enemigos, rivales, que trabajan la vida de nuestra sociedad, y cuál la política y los principios que deben adoptarse para salir del infierno que atravesamos.

« Sarmiento tiene también otras credenciales de gloria que son imperecederas. Él ha sido en la América del Sur el apóstol de los principios económicos que están llamados a cambiar la faz de este continente desierto. El primero que pidió la libre navegación de los ríos, la supresión del pasaporte, de todas las trabas fiscales, para que se muevan libremente los hombres, las mercaderías, las ideas; la abolición del sistema enfiteútico, que perpetúa el feudalismo y la estancia salvaje y solitaria, para ser reemplazado por el arrendamiento libre y la propiedad barata, que poniéndose al alcance de todos puede hacer a todos propietarios y trabajadores. La iniciación de este sólo orden de ideas, basta para asegurarle a Sarmiento notoriedad histórica; como aquel otro título que para mí eclipsa a los demás, el de haber sido el primer propagandista de la educación primaria en este país, envuelta en sombras, en el que todavía se suceden los accidentes trágicos de la conquista, en el que siguen disputándose la posesión de su suelo el europeo analfabeto y el indígena salvaje. Cuando Sarmiento me habla de educación, de instrucción popular, se me representa un



vidente, un iluminado, e inspira a mi fervor intelectual y patriótico, anhelos sinceros de continuar con todas mis armas peleando la gran cruzada, aunque mi palabra y mi acción se reduzcan a un simple grito de fe, a un relámpago más en medio de la vasta tormenta (1). »

Pero al reconocerse discípulo, no involucraba, por cierto, modestias de glosador. Sólo por una afinidad latente puede explicarse lo súbito de la atracción. Si del maestro recibió sus grandes ideales, no por eso dejó de afirmar su propia personalidad, al enriquecer su desarrollo interior. « Sarmiento siempre instruye — agrega — pero a veces no me convence. Discutimos, y el egotista intemperante, orgulloso, que denuncian las crónicas, me escucha... Es que el orgullo, mi querido amigo, sólo resulta funesto para las almas vulgares. »

Estas confidencias entusiastas contienen todo el programa de su vida. Y es natural. A los veinte años todo hombre anuncia lo que de él puede esperarse. Reducida la plasticidad cerebral, sólo queda a la madurez intensificar lo que la juventud adquiriera; obra lógica de perfeccionamiento que va trayendo a la vida lo que hasta entonces latía en estado potencial. Con una mentalidad formada ya en sus grandes linea-

(1) Tomo I, páginas 9, 10, 11 y 16.

mientos, Avellaneda pidió su puesto en la lucha. El « grito de fe » sería tan duradero como su vida, pero su obra había de ser algo más que « un relámpago en medio de la vasta tormenta ».

### III

Los primeros triunfos llegaron muy pronto. El joven abogado toma a su cargo la defensa de *La reforma pacífica*, acusada nada menos que por Vélez Sársfield, y tiene su palabra elocuentísima repercusión en el foro. Poco después, *El Comercio del Plata*, que dirigía Miguel Cané (padre), le ofrece un puesto de redactor y va a buscarlo hasta la última pieza de una zapatería de la calle Perú, preferida sin duda alguna, porque su dueño — un alemán llamado Kirchenbilder — debió despertar en el joven literato, vagas reminiscencias de Heine...

El reducido círculo que en *la gran aldea* constituía la opinión ilustrada, lo saludó en seguida como periodista eximio. Cuando se pasa de cualquier artículo contemporáneo, pastoso y obscuro, a uno de Avellaneda, preciso y ágil, el lector se siente penetrado de un placer casi físico. El pensamiento coge en seguida la intención que no se oculta, mientras el oído marca inconscientemente la marcha de la frase y el acabado des-

envolvimiento del período. De uno de sus primeros editoriales entresacamos este párrafo: «Venimos de la colonia del siglo xvi tal como la formó el genio sombrío de los Carlos y de los Felipes; vamos a realizar la democracia tal como sólo la conciben en ensueños los pensadores de Europa, tal como la han establecido nuestros hermanos del norte. ¿Qué de extraño, entonces, que nos encontremos detenidos a veces por las sombras y las resistencias del pasado? Así marchan los pueblos, y esas dos opuestas tendencias vienen dividiéndose el mundo y la historia. En todas partes siempre encontraréis renovando su perpetuo combate, trabados en eterna lucha, el espíritu de conservación y el espíritu de progreso, la idea que empuja, el hecho que resiste (1). »

Se explica así que cuando Juan Carlos Gómez abandona la redacción de *El Nacional* — la más alta tribuna de la época — señale a Avellaneda como quien mejor podía reemplazarlo. Al poner su firma por vez primera en las columnas del gran diario, defendiendo los ideales del partido al que lo unían las convicciones y la sangre, declara que no se enrola como un extraño en sus filas, sino que reclama su puesto por « derecho de nacimiento ». « En toda la extensión de la re-

(1) Tomo X, página 320.



pública — añade — desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, existen muchísimas familias en las que vienen trasmitiéndose, de generación en generación, el culto por los grandes principios de mayo, como la religión del hogar que se confunde con todo lo que hay de más conmovedor y más santo para el corazón humano, con la memoria veneranda de los padres, con su vida y con su muerte. Y cuando vemos a algunos de sus hijos descender a ocupar su puesto, nadie se pregunta de dónde viene, ni qué impulsos lo traen, pues todos nos decimos : es que ya se siente con fuerzas para combatir y morir por las ideas por las que combatieron y murieron sus padres (1). »

Surgido de una generación que llegó a la vida con el luto en el alma, sabía que los contemplativos no tienen derecho a vivir en nuestra historia agitada. Por eso se vuelca por completo en la tarea superior. « La política — escribe — bien puede ser una distracción para los espíritus frívolos, incapaces de apasionarse por nada, pero es matadora, absorbente, para los que llevamos a ella convicciones profundas, sinceras y el verdadero amor de nuestro país (2). » Sus ideas, sus críticas, sus proyectos, se inspiran en los

(1) Tomo VII, páginas 25 y 26.

(2) Tomo I, página 9.

nerviosos apremios de la acción. Envuelto en los desastres de las revueltas que arrebatan de prisa las fuerzas juveniles, comprende que todo debe sacrificarse a las necesidades inmediatas : poetas, sólo admite como Mármol o Varela, para maldecir a los tiranos o inflamar en el corazón del pueblo el sentimiento del honor nacional; hombres de pensamiento, sólo como Mitre, Alsina, Vélez, Sarmiento : instrumentos de acción y combate. « ¿ Qué importa — se pregunta, — para pueblos que no han conseguido todavía fijar las bases de su existencia, que marchan vacilantes sin ponerse en el camino de realizar su destino, el triunfo de la más hermosa teoría en las esferas elevadas de la ciencia ?... La ciencia será siempre en la República Argentina, como lo ha sido hasta aquí, el taller de los grandes caracteres, punto de preparación y de partida para descender a la vida pública, después de haber sondeado con el pensamiento todas sus situaciones, templado el alma con el sentimiento enérgico del deber y hallado en la fe de las convicciones profundas, la fuerza con que se desafían sus tempestades y se vencen sus peligros (1). »

Como quiere la lucha y la busca, le indignan los tibios, los neutrales, los amorfos. La inercia,

(1) Tomo X, páginas 587-88.

les grita, es un crimen. Un partido que rehuye la lucha cuando la hora de la lucha llega, que no sostiene sus ideales cuando otros los atacan, eso no es un partido sinceramente consagrado a un principio, sino una agrupación de malcontentos o de egoístas.

Ha aprendido en *Facundo* cuáles son las causas de nuestros males y, firme en la tarea purificadora, va hacia ellos, no con el manto engañoso, sino con la despiadada serenidad de un cirujano. Contra el Desierto, horrible como una llaga, pide que demos nuestros ríos al comercio, que abramos nuestra puerta al extranjero, y veremos entonces que la ciudad irá, con « los ferrocarriles y el arado, poniéndolo, inmenso como es, a su servicio ». Pero hay otro vicio más sutil, más impalpable; se enmascara, se transfigura, se multiplica: es la Colonia, que se alza amenazante contra todas las innovaciones, como aquel gigante descrito por Camoens, cerrando el paso a las carabelas de Vasco. « Tenemos la república escrita como un ideal al frente de nuestras constituciones, en las proclamas de la Revolución; pero la colonia domina soberana en la vida real; ella impera por medio de las leyes, por medio de muchísimas instituciones que la república no ha hecho aún a su imagen, y tiene honda raíz, base resistente en las preocupaciones, en las costumbres públicas. ¿ Có-



mo seremos verdaderamente republicanos y libres, conservando en la vida civil nuestra organización de colonos y de esclavos?» (1). Esa será la obra de la escuela: ella concluirá con las discordias civiles, con las posibilidades de nuevas tiranías, con los viejos prejuicios que anublan las miradas. «No conocemos máquina de producción que pueda compararse con ese humilde taller de labor moral que se llama la Escuela. La tierra devuelve mil por cada grano que se deposita en su seno; pero la escuela, por cada nueva idea con que se la reviste para que la transmita a los que van a educarse en sus bancos, puede darnos el alma de las generaciones cambiada y los destinos de un pueblo transformados (2). »

La claridad de sus ideas le irrita con los declamadores, tanto como la tensión de su voluntad le indignaba con los indiferentes. La historia de nuestras asambleas, dice con desgarradora elocuencia, cuán funesto papel tienen en los extravíos políticos, la vaguedad de miras y las aspiraciones confusas. «En balde la inteligencia argentina, representada por sus más grandes hombres, escribió en un libro augusto: ¡República unitaria! Federalismo, contestó el de-

(1) Tomo X, páginas 317 a 306.

(2) Tomo X, página 308.

sierto ; ¡ federalismo ! contestaron las campañas y las ciudades sojuzgadas por ellas, y la lucha se trabó sangrienta y terrible abarcando por palenque toda la tierra que posee el argentino. La república unitaria quedó destrozada en mil girones, porque es verdad profunda, que enseña en mil páginas la historia, que las obras caprichosas de los hombres se quiebran como vidrio frágil cuando chocan contra la naturaleza de las cosas ; y el federalismo nacido del desierto, de treinta años de aislamiento, de las preocupaciones, de los odios mismos que nos dividen, pero la condición normal de nuestra vida, es hoy todavía el único camino que puede conducirnos al engrandecimiento y a la civilización. (1) »

De esta manera aportababa Avellaneda a los debates de la época el rico caudal de sus ideas. Si Larra y Paul Luis Courier inspiran a ratos su estilo, el habitual tono doctrinario recuerda más bien a Armand Carrel, el redactor insigne del otro *National*. No hubieran sido valederas sus críticas, si no las subrayara el comentario inteligente. Su editorial participaba de una vida duradera : se mezclaba en los sucesos, se citaba en las discusiones, agitaba los espíritus con su prédica tenaz. El mismo criterio sistemático,

(1) Tomo X, página 378.

nacionalista y republicano, inflexiblemente aplicado, daba al artículo, efímero por naturaleza, la eficacia de las opiniones lentamente gestadas.

Pero si hay una fuerza tal de convicción en la teoría, es porque la caldea el hervor de los sentimientos intensos. El redactor de *El Nacional* no era, a todas luces, un observador desprevenido; era, por el contrario, un combatiente, es decir, un apasionado. Cuando el entusiasmo o el odio le inflaman, el párrafo de amplio vuelo oratorio palpita por entero con un pulso violento. En ese instante, el turbión afectivo domina soberano, y la razón subyugada encuentra su forma de expresión en esa *lógica de los sentimientos* que Ribot estudiara con tanta agudeza: «una rápida interpretación de indicios percibidos por intuición, sin preocuparse para nada de la prueba». Donde el estudioso veía factores económicos, el luchador enamorado de su causa no vacila en proclamarse «agente más o menos obscuro de una obra que viene realizándose desde lo alto» (1). El lenguaje, de ordinario tan medido, se colorea entonces con epítetos pintorescos. Y nos dice así que rehuye las alianzas «con los fariseos que hicieron pasar a la libertad por su último calvario, después de haberla condenado a la cadena de un poder arbitrario

(1) Tomo X, página 562.



en la sinagoga del acuerdo de San Nicolás » : acribilla a « el hombre de San José » con sus flechas más envenenadas, sin que por eso le falten para Alberdi, que deja ya de ser « el pensador argentino » de la alusión velada, « envuelto en el egoísmo, desprendido de los intereses de su patria, extraño a los dramas de su vida », para convertirse directamente « en el signo de la desunión y de la discordia de los pueblos que forman la patria en que ha nacido » (1).

Y el tono seguía subiendo en un *crescendo* continuo. Llegaron los días del martirio de San Juan, y entonces, costeando el paroxismo, los apóstrofes restallaron como latigazos : « Mendoza... ¿No oís ese clamor eterno del génesis que desde los principios del mundo viene resonando en los oídos y en la conciencia de los que asesinan a sus hermanos ? Mendoza : ¿ dónde está San Juan ? Caín : ¿ qué se ha hecho Abel ? (2) »

El gobierno de Buenos Aires trató de desprenderse cuanto antes de un partidario que lo comprometía. La ocasión no se hizo esperar. A raíz de un artículo — lleno de decoraciones romanas como el discurso de un jacobino — el gobernador Mitre ordena el cierre de *El Nacional*, para acallar los rumores que veían en sus pala-

(1) Tomo X, página 471.

(2) Tomo X, página 620.

bras equívocas, una incitación al asesinato político. Avellaneda se defiende de tamaña imputación con una cólera hermosísima : « ¿ Dónde está la predicación del asesinato político que se nos atribuye? ¿ Dónde esa política del exterminio aconsejada por nosotros? ¿ De cuándo aquí las palabras han perdido su significación?... La suposición misma nos horroriza. ¿ Nosotros predicando el asesinato político y afilando con nuestras palabras el puñal de los verdugos? No, por Dios; llevamos en nuestras venas la sangre de los que mueren, pero no la sangre de los que matan (1). »

Mitre, entonces, explicando la severidad de la medida, le escribe una carta de acentuado tono paternal. « Me ha sucedido con usted — le dice — lo que con un hijo querido, a quien viendo un arma peligrosa en las manos, se la he arrebatado aun a riesgo de herirme. No me guarde rencor... »

#### IV

Interrumpida, en esa forma, su labor de periodista, Avellaneda se incorpora casi inmediatamente a la Universidad y a la Legislatura. La cátedra de economía política, fundada por Ri-

(1) Tomo VII, página 45.

vacavía, tenía un abolengo ilustre como pocos. Habían pasado por ella, Vicente López y Planes, Pedro José Agrelo, Dalmacio Vélez Sársfield... El joven profesor recoge la herencia que a tanto obliga, y levanta su enseñanza a la altura de su tiempo, con el cariño que sólo se consagra a los estudios predilectos.

En la legislatura, su palabra ilumina los ardientes debates de la organización. Campeón de la unidad nacional, enrostra resueltamente las discordias que se agitaban en torno de detalles mezquinos y plantea en estos términos, el dilema solemne : « Trátase de fundar la Patria sobre la obra de tres generaciones, o de sembrar la herencia al viento, y es necesario tenerlo en cuenta, las palabras que digamos llegarán a la historia, resonarán en el porvenir. Vergüenza para nosotros y el ludibrio de los que después vendrán, si en vez de acudir con un solo espíritu, con una sola voluntad adonde el deber nos llama, nos dispersamos en el camino agitados por discordias estériles, ocupándonos, miserables, en llenarnos el corazón de rencores y de hiel... (1) »

Las cuestiones electorales que toda renovación legislativa suscitaba, lo encuentran siempre como un creyente en la pureza del sufragio. A

(1) Tomo IV, página 16.



la manera de un censor implacable, cada vez que el fraude manchaba un comicio, su voz se alzaba acusadora entre los silbidos hostiles de la barra. « El derecho electoral falseado, la soberanía del pueblo suplantada, trayendo representantes que no son la expresión de la mayoría, — yo digo que todo eso constituye una agitación peor que las revoluciones a mano armada que han ensangrentado la tierra (1) ».

Pero es con motivo del primer proyecto de conversión de la moneda fiduciaria, cuando el debate se hizo memorable. Enemigo del papel moneda, por considerarlo como impuesto, el más desigual, y como medio, el peor, sostiene que es menester quebrar con una mano el instrumento de las emisiones y levantar con la otra todos los recursos del país para cancelar esa « deuda de honor y de conciencia, que será mañana pagada como hoy es solamente reconocida ». Y como el pensamiento primordial del Ejecutivo giraba en torno del empréstito, contra él descarga sus golpes más certeros. « Es muy fácil, señor Presidente, sólo pensar en la situación del momento, en la urgencia del cuarto de hora, en vencer el apremio del instante; pero es mucho más difícil pensar en lo ruinoso del porvenir, y preocuparse de las funestas consecuen-

(1) Tomo IV, página 68.

cias que del uso de ese medio tan *fácil* pueden sobrevenir.» ¿Cuál es entonces, el medio que debe emplearse? El sistema con que Estados Unidos extinguió sus deudas. Amortizar «por medio de la economía, disminuyendo los gastos, aumentando las entradas y aplicando la diferencia al pago de la deuda» (1).

Trece años más tarde, en una situación angustiosa, el presidente Avellaneda habría de encontrar en la experiencia, la más absoluta ratificación de su mirar lejano.

Por esa época, más o menos, el núcleo principal de sus ideas adquirió expresión orgánica en su famoso estudio sobre *Las leyes de tierras públicas*, del cual Groussac — imposible no citarlo — ha dicho que era «convinciente como un teorema y ameno como una narración». En todos los pueblos sudamericanos sobran tierras del exclusivo dominio del estado, pero en todos también faltan trabajo y capital. El lucro fiscal había inspirado hasta entonces la legislación agraria, y, con la fugaz prosperidad del tesoro, trajo por resultado permanente la pobreza, la despoblación y el atraso. ¿Cómo debe ser ofrecida la tierra, para solicitar la inmigración, atraer capitales y mantener copiosa su avenida, hasta que la población haya llenado los desier-

(1) Tomo IV, páginas 132 a 136.

tos? He ahí la cuestión que plantea y resuelve Avellaneda en páginas de una precisión y de un encanto admirables.

Si el valor territorial es todo él de creación humana, el estado debe confiar sus tierras al trabajo que ha de fecundarlas. Pero establecido este punto de partida, quedan aún diversas cuestiones que Avellaneda estudia a la luz de nuestros antecedentes históricos. ¿El estado debe ceder el uso de sus tierras manteniendo su dominio o transmitirlo convirtiéndolo al colono en propietario? El sistema de las donaciones — aun las condicionales — no aseguran la población del suelo: el baldío cambia el nombre de su dueño pero no su calidad. La enfiteusis rivadaviiana, con ser un progreso, tenía el defecto capital de que el estado conservaba el dominio directo de la tierra ofreciendo una base insegura al capital y al trabajo, sometidos en esa forma a los azares de las luchas políticas. La tierra entonces debe ser dada en propiedad absoluta, si se quiere que su ocupación no sea superficial y que el cultivo se mantenga perenne. Para el proletario de ayer, que ha conseguido adquirir su campo después de algunos años de penosa labor, « la prosperidad ha venido como un segundo nacimiento a vincularlo al suelo de su cuna. Si es extranjero, la peregrinación ha concluído, desde que se encuentra ligado a una tierra que



es suya. El país del destino se ha presentado por fin para fijar su paso errante; y hasta el carácter aventurero que en él habían desenvuelto los largos viajes, desaparece bajo el impulso de aquella ley, que da por patria estable al hombre el lugar de su bienestar o de su fortuna. *Ubi bene, ibi Patria* » (1).

Anhelando el advenimiento de un pueblo entero a la propiedad territorial, exclama con noble entusiasmo, como si profetizara los días que estamos en inminencia de vivir: « No más proletariado, no más dependencia servil... Es el llamamiento a los menesterosos y a los oprimidos que intenten rehabilitar su condición social; al colono de la Irlanda que desfallece, porque la mano ávida del señor territorial, que derrocha sus sudores en las capitales lejanas, se interpone año por año para arrebatarse su cosecha, como precio por el uso menguado de un suelo estéril; al agricultor de Inglaterra, que encuentra la tierra inmovilizada en el poder de los que gobiernan la Nación; al montañés de Escocia, desalojado hasta de las rocas que abrigaron a sus padres, y a los hombres todos que quieran gozar en paz de los frutos de su trabajo, fuera de la compresión de los monopolios, de las invasiones de los privilegios y de las exacciones de los

(1) Tomo V, páginas 111-112.

gobiernos (1). » Y al pensar sobre las causas del caudillismo señalaba el hecho económico como el conductor de la historia : « al principio y al fin de cada una de nuestras evoluciones históricas, encontramos para explicarlas la violación de una ley orgánica en la economía de las sociedades. Siempre la disolución o la anarquía fueron los cortejos fatales de las poblaciones diseminadas sobre vastas extensiones de territorio... ¿ Queréis contener a nuestro gaucho nómade en sus instintos vagabundos ? Fijadlo al suelo por el único vínculo que es perdurable : la propiedad... La propiedad territorial, fácil y barata, debe ser la enseña de las leyes venideras, para vencer en su nombre y con su obra el desierto, cambiando el aspecto bárbaro de nuestras campañas (2) ».

El *Libro de Tierras* era, indiscutiblemente, la obra de un estadista. « Producciones como la suya — le escribe Alberdi desde Europa — recomiendan la cultura de nuestro país. » Poco tiempo después, Alsina le nombra su ministro de gobierno. La gradación era lógica : de la teoría pasa ahora a la acción.

Las *Memorias*, que introdujo en nuestras prácticas administrativas, permiten formarse una

(1) Tomo V, página 115.

(2) Tomo V, páginas 33, 122, 194.

idea de su actividad bienhechora. La primera sobre todo, cuidadosamente redactada, es capital. *El Radical* de Nueva York la tradujo al inglés para insertarla en sus páginas. Los que están acostumbrados a hojear las memorias actuales con la impaciencia de las cosas que provocan el fastidio, no podrán imaginar el extraordinario interés adherido a un documento, por esencia circunstancial. En vez de limitarse a la descripción escueta de los hechos, discute y propone las reformas posibles en acabados estudios sobre tres de nuestros problemas vitales: la educación común, el sistema municipal y la administración de justicia.

El gobierno de sí mismo no puede existir en una sociedad sin que ella tenga la aptitud para ejercerlo, y esa aptitud es la obra secular de la educación, que se inicia con la escuela primaria, que recibe en su seno las generaciones nacientes y las prepara para las funciones de la República, la producción de la riqueza y el libre desenvolvimiento de sus mentalidades. Pero hasta entonces, la educación, confiada exclusivamente a la autoridad, carecía de los estímulos capaces de atraer la acción concurrente del pueblo, para mejorarla y difundirla. Las leyes de 1857 al 59, que habían abierto un rumbo tan sabio, sólo alcanzaron una vida raquítica, dejando en definitiva a las escuelas adheridas como antes al pre-



supuesto ordinario y sufriendo de su pobreza. Es necesario entonces salir de la escuela gratuita que vive a expensas de los recursos de un erario pobre para llegar a la escuela común, nacida de la solicitud de los vecindarios y elevada por sus esfuerzos. « Una escuela exclusivamente creada por un acto de autoridad — escribe — no pertenece sino por su colocación material al lugar donde ha sido construída. El vecino que vió con indiferencia ahondarse sus cimientos, no salvará jamás sus umbrales. Esa escuela es el acto de un gobierno en una sociedad aletargada, que, para mejor reposar, le ha entregado hasta la sangre de su sangre, la educación de sus hijos (2). »

El fondo de escuelas, desviado tantas veces de su objeto, debía ser declarado inviolable. Sus recursos inciertos aumentarán con la venta de los territorios que están más allá de las fronteras. Porque « la tierra, que es el asiento de las generaciones que sobre ella se reproducen, no pertenece a una sola ; y la que recoge su valor tiene el deber de invertirlo en obras que, promoviendo el adelanto moral de la sociedad, preparan y fecundan el porvenir ».

Si la *educación* da al hombre el conocimiento de sus derechos, la *justicia* debe ser su garantía y el *municipio* el teatro en que debe ejercitarlos.

(1) Tomo VIII, página 21.

Propone en seguida un vasto programa de descentralización administrativa y judicial, descomponiendo las prerrogativas extraordinarias de los jueces de paz, sólo explicables por el hecho de que el espíritu de una comuna, que apenas existe, no puede expresarse en ninguna institución municipal de acciones duraderas. El poder judicial, « detenido todavía ante los umbrales de la vieja audiencia », al abandonar el secreto de sus acuerdos, debe seguir la transformación del país y con ella dejar la ciudad y penetrar en la campaña. Pero el municipio, que será la iniciación en la vida pública al infundir la dedicación al bien colectivo y la práctica de los negocios, no puede existir donde los hombres se encuentren dispersos : « el baldío, que como un avance del desierto se insinúa por todas partes, que aísla y disemina las poblaciones, viniendo a constituir la facción predominante del suelo, es por lo tanto el formidable y poderoso enemigo que no permite el arraigo de las instituciones basadas sobre la actividad de la vida colectiva » (1). He ahí cómo una sabia distribución de la tierra pública será lo único que podrá hacer posible la escuela, el municipio y la justicia.

El plan magnífico, de una tan fuerte trabazón,

(1) Tomo VIII, página 78.

se cumplió punto por punto. Fueron tres años de una labor infatigable. Dirigiendo personalmente la lucha de sus proyectos en las cámaras, descendió a las minucias de las aplicaciones prácticas, cuando se convirtieron en leyes. Es ya una circular escrita de su puño y letra invitando a las municipalidades de campaña a enviar alumnos a una escuela de artes y oficios, casi abandonada; una nota a los jueces de paz pidiendo el detalle de los inconvenientes surgidos en la aplicación del Código rural, « para perfeccionarlo gradualmente con el auxilio de la experiencia », o unas consideraciones con que devolvía al jefe del Departamento de escuelas, la terna de profesores, porque cree que es necesario dar a las diversas ramas de la administración y a los que la presiden, la independencia necesaria. « La centralización excesiva — agrega — no solamente lo esteriliza todo, anulando el pensamiento y la iniciativa de los que están llamados a tenerla, sino que saca la responsabilidad de donde naturalmente se halla colocada. Los que dirigen la instrucción primaria que costea el estado, deben tener a su cargo el nombramiento y la remoción de los profesores, para que siempre pueda serles imputado el buen o mal estado de las escuelas (1). »

(1) Decreto del 29 de julio de 1866.



Mientras tanto, llega a manos de Sarmiento la *Memoria* de 1867. El gran educador se entusiasma y desde Nueva York le escribe : « La parte que en el mensaje consagra usted a la educación primaria me ha hecho esperar por la salvación de América. ¡ Cuánto hubiera dado por tenerla antes de publicar el prospecto de *Ambas Américas!*.. Aquí, tal documento haría sensación. Juez como me considero en estas materias, su trabajo tiene méritos que acaso usted mismo no estima bastante. Prescindo de los del estilo, que le son propios. Acaso algo me debe en la iniciación, pero hay suyo el conjunto y la inteligencia de toda la verdad, cosa a que no se llega sino por grados... *Con hombres como usted, con exposiciones magistrales como la suya, creo que estamos a la víspera de empezar una nueva época en las ideas de gobierno y en los medios de llevarlas a cabo.* »

Al año siguiente, elevado a la primera magistratura del país, Sarmiento nombra a Avellaneda su ministro de Instrucción pública. Algunos meses atrás, éste había abandonado su colaboración en el gobierno de Alsina, por no firmar la destitución injusta de un empleado subalterno, que resultó llamarse Eduardo Wilde...

V

En la presidencia de un maestro de escuela, Avellaneda conducía la nave capitana. Fueron aquellos, en verdad, los tiempos heroicos de la instrucción primaria. « Si viviéramos en tiempos más lejanos de la humanidad, la historia de este mundo nuevo, sobreponiéndose por sus propias infantiles fuerzas al desierto que por todas partes lo invade, luchando contra tantos obstáculos naturales, al pasar de los tiempos se convertiría, como la primitiva historia del mundo griego, en fábulas de héroes y semidioses. Entonces la campaña contra la ignorancia, la difusión de la educación primaria serían narradas por la fantasía popular como una de las doce hazañas de un nuevo Hércules (1). »

Las ideas emitidas en la memoria del ministerio de Alsina se completan y amplifican con las que expresa en su primera de ministro nacional. Había un interés supremo para el país en que la educación se generalizara hasta que no quedase un solo hombre excluido de sus beneficios. De nada vale el esplendor de las universidades, mientras se agitan en sus puertas muchedumbres ignorantes, que tienen en sus

(1) Tomo X, página 547.

manos el arma terrible del sufragio universal. Por otro lado, el copioso aluvión inmigratorio no trae los elementos de cultura que es menester desenvolver en la nación y su ignorancia, refundiéndose con la de nuestras masas, agrava los males que tan hondamente nos aquejan. Es indispensable entonces, que las escuelas se difundan hasta que la educación llegue a ser « como el aire y la luz, un don gratuito y universal ».

Pero ¿ cómo proveer a la Nación con maestros competentes ? Las escuelas normales irán a formarlos y la mujer, substraída al retraimiento tradicional, ocupará el primer puesto en la obra de nuestra regeneración social. Las bibliotecas, auxiliares del maestro, serán al mismo tiempo el complemento de la escuela. Los maestros, empero, desertarían muy pronto si la provincia que los recibe no alcanza a retribuir sus servicios con sus escasísimos recursos. Por eso la ley de subvenciones va en su amparo y esta intervención directa del gobierno nacional — tan resistida por los « literalistas » de la constitución — prepara, por el contrario, su anhelada independencia.

Los colegios nacionales, considerados hasta entonces como una introducción al doctorado, sufren en sus planes una reforma substancial : en vez de profesionales, debe preparar hombres



aptos para realizar los fines de la vida social en los tiempos actuales. La Universidad de Córdoba, que continuaba siendo una simple escuela de derecho, en ninguna armonía con el criterio del siglo, rejuvenece con el estudio de las ciencias físico-matemáticas y por vez primera las pupilas de los telescopios recorren nuestro cielo.

Basta un solo dato para demostrar cómo fué de eficaz la acción de este ministro extraordinario : provincias como La Rioja, que encontró sin una escuela y sin un alumno, llevaron tres mil o cuatro mil a la formación del censo escolar.

Pronto la fama pasó las fronteras y, casi simultáneamente, Paulino Sosa, ministro del imperio brasileño, y Mr. Prosser, diputado por el Tennessee, señalaban como un modelo la acción del pueblo argentino. Poco después, cuatro mil habitantes de Caracas solicitaban nuestros auxilios para trasladarse a esta república, « pensando encontrar, según decían, prosperidad y quietud en el pueblo sudamericano que más se había contraído a esparcir la ilustración entre todas sus clases sociales » (1).

¿Cuál fué la participación de Sarmiento en estos trabajos que llenaron cinco años de la vida de Avellaneda ? Dejemos hablar una página in-

(1) Tomo VIII, páginas 199 y 200.

tima : « El nombre del señor Sarmiento al frente del gobierno era por sí solo una dirección dada a las ideas y a la opinión en favor de la educación popular. Su firma al pié de los decretos era una autoridad que daba prestigios a mis actos. Su intervención se redujo, sin embargo, a esta acción moral. Supo el señor Sarmiento que había bibliotecas populares y una ley nacional que las fundaba, cuando habían aparecido los dos primeros volúmenes del *Boletín de las Bibliotecas*, y éstas convirtiéndose en una pasión pública. El señor Sarmiento no se dió cuenta de la ley de subvenciones y de su mecanismo sino en los últimos meses de su gobierno. Esto es todo y la verdad (1). »

De aquí a la presidencia no había más que un paso. Cuando llegó la hora de las candidaturas, la de Avellaneda nació espontánea e irresistible. « Nosotros, los viajeros de las provincias — escribe Groussac, — la hemos visto, la hemos tocado, la hemos sentido palpar hasta en los ranchos del camino, alrededor del rústico fogón. Y ¿ cómo no ? si era aquélla la candidatura del orden nuevo, de un luminoso porvenir que tenía su testimonio irrefragable, su *presencia visible* en la biblioteca y la escuela de la vecina aldea... »

(1) Tomo VIII, página 398.

## VI

Ese período tan fecundo en realidades concretas es, al mismo tiempo, el más brillante de la oratoria argentina. En los debates de ambas cámaras, Avellaneda conduce el pensamiento del Poder ejecutivo, y la mayor parte de las veces, en asuntos extraños a su ministerio.

Ya en la Legislatura de Buenos Aires había deslumbrado con los primores de una forma brillante. La exhuberancia juvenil desbordaba entonces en párrafos rotundos de efusivo lirismo. El argumento sentimental predominaba; las imágenes relampagueantes enceguecían, y el apóstrofe viril — « Siempre, como los monjes de la Trapa, ¿ pasaremos la vida cavando nuestra tumba? » — resonaba en medio de la arenga, como un cuerno de caza que enardeciera la jauría de sus demostraciones. Cuando da batalla, casi siempre solo, tiene momentos de elocuencia soberana. Bregando contra los empréstitos inmoderados, decía una vez : « ¿ Qué sucederá al día siguiente de haberlos realizado? Las emisiones nos harán deudores de nosotros mismos, pero por cada empréstito habríamos empeñado más nuestro crédito en favor del extranjero, que quizá vendría algún día a reclamárnoslo con sus cañones. » Al llegar aquí, la barra se ríe y silba.



« ¡ Ah ! señor presidente, cuánto hay de inconsciente en esos silbidos o en esa risa. Es la inconsciencia del que sonríe a la presencia de Puebla humeante, a la vista de Méjico vencido y de diez millones de hombres de nuestra raza esclavizados por la espada del conquistador. He ahí, lo que significa esa sonrisa : inhumanidad sarcástica y cruel » (1).

El ministro había abandonado la prodigalidad ostentosa del diputado adolescente. De una sobriedad que centuplicaba la eficacia, su período desnudo marchaba recto al ataque, sin internarse por callejuelas de través. La necesidad de improvisar ha consagrado la oratoria parlamentaria como a la magna elocuencia. Todo discurso preparado de antemano está allí condenado a morir. Es menester que el orador lleve como única guía los sentimientos que va viendo nacer en sus oyentes y modifique su lenguaje hasta acordarlo al efecto que persigue. « La frase oratoria — ha escrito él mismo — no puede a veces detenerse en exposiciones embarazosas ; es militante y debe ser intrépida ; corre y sube al asalto ; hiere y deslumbra (2). » Cuando se trata de conquistar adhesiones, es más eficaz seducir que iluminar los espíritus, subs-

(1) Tomo IV, página 133.

(2) Tomo III, página 187.

tituyendo la acción lenta de los razonamientos por la fascinación instantánea del gesto efectista: las fórmulas aparecen entonces como pruebas; las metáforas como demostraciones. Se explican así esos renombres de grandes oradores, que llegan hasta nosotros sin poderlos comprender.

Avellaneda ha descrito esas frecuentes ilusiones al trazar la silueta de un orador contemporáneo: « Se repite siempre que el doctor N. N. es un orador *brillante*. Este es el calificativo estereotipado; y es, sin embargo, el único que no pueda aplicarse al doctor N. N. El doctor N. no tiene ni el sentimiento que entenece la palabra, ni la imaginación que le da brillo, ni la facultad de generalizar, que la espacia por vastos horizontes. Es un espíritu deductivo y un orador con una argumentación, a veces estrecha, pero diserta y fácil. La calificación popular tiene no obstante su explicación, que habrá desaparecido cuando sólo se lean sus discursos sin conocerlo. El brillo del doctor N. está exclusivamente en su *persona*, en su continente, en su actitud, en el modo de poner la cabeza, en su pronunciación, en su traje y hasta en el alfiler de su corbata (1). »

Pero cuando un discurso puede leerse y re-

(1) Tomo III, página 166.

leerse con deleite, acudir a él en consulta y aun citar a menudo párrafos enteros, es porque lleva en sí la suficiente vitalidad para persistir lejos de su ambiente y de su hora. Ese es el caso de Avellaneda, a quien, sin embargo, asaltaba a veces la inquietud de que su palabra desapareciera como el grito del pájaro en los espacios. «¿Qué quedará de nuestras ruidosas asambleas — se pregunta, — de tantos debates apasionados que inflaman la atmósfera política, y de todas estas cuestiones que se nos presentan tan decisivas e imponentes? Nosotros mismos estamos ya viendo cómo un olvido sepulcral suele suceder a emociones tan violentas, y que luchas parlamentarias que al parecer debieran dejar huellas de fuego, apenas alcanzan a consignar de sí un vago recuerdo (1). »

Muy sugerente a este respecto, es su estudio sobre Berryer. « El más grande de los oradores franceses después de Mirabeau », lo llama Cormenin. De acuerdo con esa fórmula, así lo ve Avellaneda, y su figura luminosa, pasa y repasa ante sus ojos... Palabra poco segura la de « Timón ». Panfletario sin la elegancia de Courier, no alcanza a disimular en la aparente objetividad de la obra, su temperamento cáustico y perverso. Si alza una estatua a Berryer, es tan sólo

(1) Tomo I, página 33.



para acentuar el desnivel con algunos de sus émulos. Por eso ha podido Henry Michel decir con toda justicia, que *El libro de los oradores*, no es una fuente donde se pueda beber con confianza.

Pero dejando a un lado su discutible valor histórico, el ensayo de Avellaneda tiene para nosotros el valor de una confesión autobiográfica. Si Avellaneda se entusiasma con el Berryer que él mismo creara, es porque, inconscientemente o no, contempla allí su propia imagen. ¿Se explicaría la honda inquietud de este párrafo, sin la emoción personal que hace temblar la pluma que lo escribe? : « ¿ qué impresión va a producir sobre un público olvidadizo y ligero, esta palabra del orador, recogida mecánicamente por un taquígrafo, extraída de un diario oficial y condensada en páginas numeradas que substraen toda escena y que hacen pasar casi sin transición del discurso sobre la *Adresse*, defendiendo a Polignac, al discurso pronunciado después de la revolución en presencia de otra dinastía y cuando el rey legítimo no tenía ya otro palacio sino el del destierro en la triste ciudad de Praga! ¡Pobre gran orador! ¡cuál será el efecto de su palabra, fríamente leída, sin el gesto de singular belleza que le daba vida, y sin el poder mágico de aquella voz que nadie olvidó después de haberla escuchado, porque fué ar-

monía para su oído y estremecimiento para su corazón! (1)» Más adelante, sin embargo, se tranquiliza. Sabe que Berryer no obtuvo con su elocuencia sino esos rápidos triunfos de tribuna que arrancan aplausos al adversario mismo, pero que no se encuentran una hora más tarde en la urna del escrutinio. Y ya no vacila en decirlo: « Es aventurado, por cierto, anunciar la inmortalidad para una palabra de hombre, cuando no fué generadora de grandes acontecimientos, y no ha alcanzado por otra parte las formas perfectas del arte antiguo. » He ahí el secreto del triunfo: su palabra ha sido generadora de grandes acontecimientos y participa con ello, la vida de la historia.

Asistimos en estos momentos a la agonía del parlamentarismo. Cumplió en su tiempo una labor de transición, pero inadaptado al nuevo rumbo, resulta insuficiente y se desmorona. La elocuencia política se va también con él. Nacida de las luchas de principios, de las cuestiones universales, de los grandes temas nebulosos y vagos, desaparece a medida que se precisan los factores económicos, más prosaicos si queréis, pero que son los móviles preponderantes de la historia. El político se transformará en un economista; los partidos representarán

(1) Tomo I, página 267.

los intereses correspondientes a las diversas funciones sociales, será el gobierno una coordinación técnica de órganos técnicos... y la elocuencia parlamentaria, en un ambiente hostil, irá a descansar en el panteón de géneros literarios, donde duermen ya, entre tantos otros, el teatro en verso y el poema épico.

Para nosotros que ignoramos sus grandes días gloriosos, puede Avellaneda conducirnos de la mano. En un estante poco frecuentado, están los *Diarios de Sesiones* de su época. Arrojemus sin miedo el polvo tenue que hasta en sus páginas se infiltra, leamos con amor sus líneas, que amarillean, y veremos muy pronto cómo al conjuro del cariño, recobra el pájaro embalsamado las pulsaciones de la vida : una chispa de luz asoma en sus pupilas de vidrio, el cuerpo esbelto se inclina ya sobre las patas tensas, hínchense los pectorales para el esfuerzo inminente, mientras las alas se estremecen en el ansia del espacio. Un instante más... y el milagro del vuelo se realiza.

Imaginad las sesiones de junio del 69, con motivo de los asuntos de San Juan.

El Senado lleva ya tres días de discusiones ardorosas. De la desaprobación de la conducta del Ejecutivo, se ha pasado al ataque formidable de toda su política. El ministerio de Sarmiento,



en pleno, capea la tormenta. Vélez Sarfield y Varela han agotado todo sus recursos. La cámara está cansada y el ambiente es poco propicio para un nuevo discurso. En esas circunstancias, Avellaneda, el más joven de los ministros pide la palabra. La atención que dormitaba se despierta y al ver erguirse su silueta diminuta, los mejores oradores han dicho para sí, las palabras del antiguo : « ahí se levanta el hacha de mis discursos ».

Habla con mímica tranquila, la butaca inclinada hacia la cámara e imprimiendo, a veces, a su busto, un balanceo característico. Tiene la frente amplia, con protuberancias acentuadas ; negros los ojos — más negros aún por el contraste de una piel blanquísima, casi marfileña ; la mirada, como perdida en lejanías de ensueño ; la barba afeitada en las mejillas ; la boca voluptuosa, con finos labios empurpurados de sangre y que saben contraerse en un pliegue de amargura. Una cabeza de árabe, hermosamente viril a pesar de su gracia femenina.

No viene desde luego en auxilio de sus colegas, porque habría, si así fuera, vana temeridad. Pero cuando se ha escuchado atentamente, se tiene, por lo menos, el derecho de intervenir en la discusión « para resumirla en sus facies, principales, para contener su ardor o reprimir su vuelo, y para desprenderla de lo inconexo, a

fin de apresurar su desenlace ». El senador preopinadamente hacía el elogio del parlamentarismo francés, y al ver el giro que el debate asume, comprende que esas son las prácticas que el Senado se propone seguir, porque parece, en verdad, que estuviera discutiendo una respuesta al mensaje del trono... La cámara sabe que en los parlamentos monárquicos esa es la ocasión que se aprovecha para recorrerlo todo, desde los negocios administrativos hasta la política exterior. Se explica así que sus colegas, venidos a defender los actos del Ejecutivo, se hayan encontrado detenidos por las cuestiones más extrañas, « ya trágicas, ya militares, ya políticas, y hasta por fin declamatorias, porque la oposición ha llamado todo en su auxilio : el terror y el espíritu de partido, el ruido de las armas y la pompa de la retórica sonora ».

Después del prólogo sereno, el tono cambia. Se arroja resueltamente contra el grupo opositor y lo exhibe despertando celos ridículos contra el Poder Ejecutivo, en los que priman móviles erróneos y apreciaciones malevolentes que sólo pueden nacer en la suspicacia prevenida. Si en una monarquía el peligro está, en efecto, en el jefe poderoso, inviolable e inmortal, « ¿ puede haber racionalmente el temor de estas usurpaciones hereditarias, sistemáticas, contra la libertad, en medio de la vida efímera y rápida de

nuestros gobiernos; y al través de ese antagonismo que siempre se establece entre los gobiernos que vienen y los que van, mal profundo de la América del Sur, y que no les permite siquiera fundar un sistema administrativo que sea estable y regular?» (1) La amenaza existe en otra parte, y son los abusos de la legislatura los que pueden temerse en nuestro sistema de gobierno, y desviando con habilidad el debate mediante un recurso en que asoma la punta de la toga, «yo rechazo — dice — las doctrinas que se quiere hacer prevalecer; y las rechazo, no para eludir la oposición que nos combate, sino para salvar de su adulteración nuestras instituciones, para que se practiquen tomando por guía el pensamiento que las concibió, y porque no realizáremos la República con el espíritu, las pasiones políticas y los partidos de las monarquías» (2).

Mitre ha intervenido en el debate. Avellaneda muerde su discurso como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo pulveriza sabiamente, para dar como conclusiones del análisis, que los escritos de los grandes jurisconsultos deben leerse con atención y espíritu recogido, «no para arrancarles, por vía de presa, citas al ser-

(1) Tomo VII, página 79.

(2) Tomo VII, página 82.



vicio de nuestras pasiones, sino para buscar enseñanza, formar nuestro juicio y apropiar el lenguaje ».

Rápidamente desembarazado así de los incidentes accesorios, entra al verdadero núcleo de « la cuestión San Juan ». Motivada por la intervención del Ejecutivo en el régimen de una provincia, todas las discusiones se refieren a esa facultad puesta por la constitución, en manos del gobierno federal. El senador Oroño opina que es exclusiva del Congreso y que el Ejecutivo no puede ejercerla por sí sin cometer un atentado ; no adhiriendo a lo último, el senador Mitre cree que puede aquél, por medio de una ley, delegarla en el Poder Ejecutivo.

Desde ese momento, henchido de doctrina como una disertación de Royer Collard, el discurso se vuelve magnífico. El ex profesor universitario se siente en la cátedra ; su dialéctica severa va haciendo desfilir razonamientos tan fuertemente encadenados, que avanzan compactos como falanges macedónicas, y el Senado, absorto, recoge de sus labios una no igualada lección de derecho constitucional. « La constitución, ha dicho : esto es judicial ; esto es legislativo ; aquello ejecutivo ; pero la facultad de intervenir no se halla especialmente conferida a ninguno de los departamentos del gobierno... porque más que un derecho y una facultad es

una verdadera función ejercida por todo el gobierno, en los distintos ramos de que se compone, al aplicarse a todos y a cada uno de los estados. Puede decirse que la intervención, o la protección, según la frase de la Constitución de los Estados Unidos, es un acto permanente en la vida de la Nación, respecto de cada uno de los estados (1). » Y ahora, ¿qué significa una facultad o un poder *delegados* bajo nuestro sistema de gobierno? Es una palabra absurda en el vocabulario político. « En vano la constitución habría dicho: esto es ejecutivo o legislativo, si una delegación ha de venir después a conferir a uno de los poderes lo que la Constitución dió al otro, quedando así subvertida desde la base hasta la cúspide, y violados todos los principios del sistema representativo. »

¿De qué se trata, pues, en los casos de intervención regidos por el artículo sexto? De obrar enérgica, activa, poderosamente, y cuando esto sea necesario, la acción sólo puede corresponder al poder público exclusivamente destinado a ese fin. Bajo esta faz, es la intervención un atributo del Poder Ejecutivo, sin que esto importe, de ninguna manera, invalidar las facultades legislativas, puesto que esa acción necesita medios para conducirse y esos medios son, sin

(1) Tomo VII, página 86-87.

figuras de retórica, las verdaderas armas de Rolando, suspendidas en el recinto del Congreso.

Alguien observa, empero, que el Poder ejecutivo, obrando según su juicio y discreción propia, puede cometer errores. Mas si éste no tiene para sus actos el don del acierto ¿lo tendrá acaso el poder revisor que entre nuevamente a examinarlos y discutirlos? El Poder Ejecutivo puede indudablemente errar; pero el Poder Legislativo, como el Judicial, quedan del mismo modo sometidos a esa condición ineludible de nuestro pensamiento relativo. Y de pronto, el aula se transforma en academia. «Un día se levantaron dos instituciones en el mundo que trataron sistemáticamente de suprimir el error. Una de ellas se propuso suprimir el error religioso; la otra se propuso suprimir el error político. Estas instituciones fueron la Inquisición y el Terror. La primera encendió las hogueras en España y en Italia; la segunda erigió el cadalso en la Plaza de Grève. Los señores senadores saben cuánta sangre responde a estos dos nombres, y yo afirmo que estas instituciones eran consecuentes con sus designios y que proporcionaban los medios al fin, porque no se puede extirpar radicalmente el error sin extirpar la humanidad (1). »

(1) Tomo VII, página 92.



Ni un murmullo rompe el encanto de aquella voz intensa, llena, clara, vibrante, opulenta en matices. El timbre, a la manera de un comentario sentimental, pasa de la caricia suavísima al estruendo sonoro y desde el trémolo patético al redoble metálico. Si el canto emplea exagerando los mismos signos que el lenguaje de la pasión, cuando ésta vibra en los labios, el discurso a su vez se torna lírico como en el recitativo de los griegos. A la manera de un cantante, el gran orador modula sus frases; por eso la cámara deslumbrada, lo escucha con el placer de una romanza. El mismo preciosismo de su dicción hace aún más intenso el efecto musical, y para destacar el ritmo no vacila en recargar la acentuación fonética de ciertas sílabas y la pronunciación de algunas consonantes, la *v* en especial.

Cuando el aplauso espontáneo brotó de las manos, el Senado ya no se acordaba del ministro. Pero el combatiente empuña otra vez su espada. Si el Poder Ejecutivo no sólo comete errores explicables, sino que manifiesta inhabilidad en la persona que lo ejerce, ¿qué se debe hacer? Tiene el Congreso el derecho de acusar.

«Sostengo, señor Presidente, y sostendré siempre, que el derecho de acusación, francamente ejercido por la Cámara de Diputados, es cien veces preferible a este sistema de ir con

censuras y reprobaciones socavando día por día y acto por acto la autoridad del Presidente de la República. Afirmando que no hay prudencia alguna en esta manera de proceder; y que por el contrario, hay una falsa prudencia en decir: evitemos la crisis violenta pero transitoria de una acusación, para dejar al país bajo los peligros de una crisis permanente... Los resultados, entre tanto, no se harán esperar. Si se mantiene la calma, es una calma engañosa, la calma de la ola que encubre el abismo. Debilitada la autoridad del Presidente, despojada de su prestigio en el espíritu de los pueblos, no podrá mañana sobreponerse al primer vaivén, sucumbirá ante el primer desorden, porque no habrá fuerzas en la opinión pública para sostenerla (1). »

La otra faz de la cuestión surge en seguida: ¿cómo debe interpretarse la forma republicana de gobierno que el famoso artículo garantiza? Con un solo tajo deshace la argumentación de Oroño: si la forma republicana sólo está violada cuando la monarquía apareciera en el seno de un estado, estaríamos reducidos a ver desaparecer todos los derechos y las instituciones que los consagran, porque la historia enseña que cuando el despotismo viene a establecerse

(1) Tomo VII, página 94.

sobre las ruinas de la libertad, mantiene durante mucho tiempo su nombre y sus formas exteriores. Curtis ha dado la verdadera solución: para que el estado se repunte incluido dentro de la forma republicana de gobierno, son necesarios los tres altos poderes, como órganos de su soberanía. Desaparecida la legislatura de San Juan, la forma republicana está violada, y la notoriedad del hecho es bastante para legitimar la intervención del Ejecutivo Nacional.

Y ya, con la absoluta confianza de su triunfo, hace como Cirano, el *envío* de su estocada: «Apercibo a la comisión para que defienda su proyecto y prevengo a la cámara que voy a destruirlo.» Baja entonces a los pormenores del asunto, los persigue implacable y uno a uno los deshace. «Quiero que el proyecto desaparezca y que desaparezca radicalmente.» Y cuando de él no quedan ni los rastros, abandona su guardia con esta finta elegante: «Me hallaba yo absorbido en los asuntos numerosos de mi ministerio, cuando observé que todas las discusiones de la prensa versaban sobre los asuntos de San Juan. No pude entonces menos de alarmarme, y debo confesar que esperé con solicitud, con vivo anhelo, la llegada del correo. A su venida abrí mi correspondencia y encontré que el gobierno de aquella provincia sólo se ocupaba de obras de progreso y de fomento de la educa-



ción pública. Entonces me dije: no hay peligro; la cuestión de San Juan no está en San Juan, está solamente en Buenos Aires (1). »

## VII

Nacida en una revolución y terminada con otra — como una pausa entre dos clamores — la presidencia de Avellaneda lo ha consagrado ante la historia como el más perfecto de nuestros hombres de gobierno. Ese y no otro será el fallo definitivo, sordo a las inquinas contemporáneas en las que aún persisten el eco de transitorias discordias de facción y bandería. Pudo la malevolencia deformar sus cualidades hasta presentarlo irresoluto o pusilánime; la obra, empero, nos habla toda ella de la *serena energía* de este hombre, de quien Mansilla nos dijo que hasta sus odios, eran reflexivos, deliberados.

Si las variedades individuales son infinitas, los temperamentos no son más que dos: el sensitivo y el motor. El hombre especulativo y el hombre práctico, de opuestas ecuaciones personales, expresan en formas superiores, las dos esferas básicas de nuestra vida psíquica, la re-

(1) Tomo VIII página 113.

ceptibilidad y el movimiento. Alberdi *haciendo* la Revolución sería tan incomprensible, como Moreno *pensando* los estudios económicos. Si a veces el radio de uno pretende superponerse al ajeno, la esterilidad marca con su sello, el fruto de un consorcio incompatible. ¿Queréis ver explicado cuál fué el gran defecto del *presidente* Rivadavia? Escuchad esta página admirable de psicología política: « En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: soy la razón, y no quiero ser la fuerza, y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la presidencia para ir a la proscripción, que sólo tuvo, dieciocho años después, por desenlace la muerte quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo, bajo el cielo argentino, un patriotismo como el suyo, más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse a la admiración por el genio y lo que es más difícil a la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. El gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone igualmente de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza. Los gobernantes no son pastores de almas, y menos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber

hasta vanidad en confundir el gobierno con un pontificado (1). »

Y bien, Avellaneda fué un hombre de acción. En su espíritu, la duda sólo pudo existir bajo la forma de la desconfianza metódica, pero sonando la hora de la acción, se supo capaz de llegar, si era necesario, hasta la temeridad ejecutiva. En 1878 una nación vecina se alzó a disputarnos un vasto territorio. La respuesta fué instantánea; en el mismo momento en que la América entera escuchaba del presidente argentino esta frase de intenciones no dudosas: « Detrás de los derechos que afirmamos hay un pueblo », una escuadra hacía flamear en las tierras patagónicas, la bandera de la soberanía nacional.

Si en la inteligencia de un estadista puede haber un pensador, en su voluntad es menester que haya un sectario. El respeto de los formulismos, la comparación de los motivos, el cálculo de las consecuencias, son ligaduras para el músculo dispuesto a contraerse. « Cuando se ha adoptado maduramente una resolución — nos dice Avellaneda — es necesario dejar ya en paz el pensamiento. Se puede y aun se debe modificar el plan primitivo y hasta abandonarlo, pero siguiendo la indicación de los hechos en los principios de la ejecución. La meditación es buena,

(1) Tomo I, página 308.



pero la cavilación es mala. El campo de las conjeturas es infinito y a fuerza de quererlo prever todo, se paraliza la acción (1). »

¿Pero es posible pasar directamente de la teoría a la práctica, en el complejo mecanismo de las actividades sociales? Evidentemente no. El derecho constitucional no es la ciencia política, como la estática no es la dinámica. Imaginar un hombre de gobierno como a un jefe que da órdenes y a su pueblo como un regimiento que obedece, es un absurdo. Cultivador concienzudo, debe entregarse, por lo contrario, a una esmerada labor de jardinería: injerta aquí sobre arbustos salvajes, ramas vigorosas de árboles escogidos; arroja allá a brazadas la simiente fecunda sobre el mismo terreno que trabajosamente preparara.

Es que toda reforma implica abandonar viejos hábitos mentales consolidados por la herencia y que se realizan con el automatismo de cualquier función ya organizada. No es posible adquirir nuevas asociaciones sin que estalle el cómodo engranaje, bajo el esfuerzo doloroso de la atención sostenida. Se comprende así, que para luchar contra esa hostilidad a la reforma, no haya más que un medio: aproximar lo nuevo que se quiere implantar a lo antiguo larga-

(1) Tomo III, página 62.

mente practicado, y si es posible, presentarlo como su continuación. Las nuevas instituciones o las nuevas ideas necesitan fundar su autoridad ante la razón pública y en las costumbres: y son menester, para ello, complicados rodeos y larga paciencia. Los oficiales del ejército libertador, arrastrando por las calles de Chuquisaca la cruz arrancada al pórtico de una iglesia, comprometían la revolución con un alarde vano; Belgrano, ofrendando su espada a una virgen, allanaba el camino en medio de una región fanatizada. Es la suprema estrategia política que Napoleón confesaba así: « He terminado la guerra de Vendée haciéndome católico; musulmán me he establecido en Egipto, y ultramontano he ganado los sacerdotes en Italia. Si gobernara un pueblo de judíos, reedificaría el templo de Salomón. »

Hay algo más todavía: inaccesible a los matices, viendo las cosas en bloc, la muchedumbre sólo puede ser impresionada por sentimientos excesivos. Para llegar hasta ella, es necesario exagerar, afirmar, repetir; de ninguna manera demostrar. Tanto más eficiente cuanto más afirmativa, porque toda sugestión pierde, al explicársela, la mitad de su prestigio. Así la idea martillada sin cesar acaba por incrustarse en forma tal, que ya nadie piensa en cómo vino: la considera como propia.

Hemos querido asentar estos fundamentos, para que surja en su plenitud el seguro instinto con que Avellaneda conducía su acción de gobernante. « Nunca he admirado — escribe — la energía ruidosa de los que andan por calles y plazas, rompiendo vidrios con estrépito; pero envidia, sí, la paciencia firme de los que convencen hombres, sojuzgan pasiones o encaminan pueblos, aunque sea esto tan difícil como romper piedras con el brazo humano (1). »

Sabe que la realidad es celosa y no quiere que se la olvide; por eso pensaba que toda nueva ley no es nada más que una teoría propuesta a las experiencias del tiempo. « ¿ Por qué — pregunta — no sería aceptable este sistema de confirmar una interpretación constitucional por los beneficios prácticos que ella trae para los pueblos? ¿ No es el resultado la piedra de toque de las instituciones? (2) »

Con semejante pragmatismo político, es imposible ser dogmático. Sólo las mentalidades estrechas pueden creerse depositarias de la verdad. Para quien sabe que las mismas funciones psíquicas, obedeciendo a las mismas leyes, nos conducen ya a la verdad, ya al error, y que el bien y el mal son criterios sociales contingentes

(1) Tomo XI, página 127.

(2) Tomo VIII, página 11.



y variables, la tolerancia se erige como norma invariable de la conducta. « Entro en años — dice en una carta política — y cada día abrigo convicciones más profundas sobre la inutilidad de los hechos de fuerza para curar males sociales.» Por eso fué su política, de *conciliación y de equidad*, evitando siempre pronunciar, a propósito de discusiones transitorias, palabras irreparables. ¿ Que a veces el apretón de manos no es sincero, ni hay lealtad en las efusiones de confraternidad? No importa. « Hay mucha fuerza en los compromisos públicos, aunque se acepten de mala fe. Cuántos novios hay, comprometidos de mala intención y que resultan casándose. Esta es también la historia de los partidos (1). »

No se equivocó Sarmiento cuando observaba que Avellaneda — « su Juan, su discípulo bien amado » — había de inaugurar una nueva época en las ideas de gobierno y en los medios de llevarlas a cabo. Habíase propuesto asegurar en bases inconvencibles el poder de la nación y mirar cómo empieza. Casi diariamente, motines cuarteleros — que en nuestro lenguaje pomposo llamamos revoluciones, — mantenían al país en constante inquietud, con desmedro, por supuesto, del crédito exterior. Adopta entonces como

(1) Tomo XI, página 213.

criterio sistemático, no reconocer ningún gobierno surgido de la revuelta, y fué inflexible. Si la amistad intenta trabarlo, pasa sobre ella. « Comprendo las luchas, las dificultades de esta resolución — escribe a un militar que ha amonestado — y necesito cuando menos para ello dejar intacta mi autoridad moral. Un antecedente creado, consentido, tolerado hoy por mí, tratándose sobre todo de un amigo mío, sería un dogal que llevaría al cuello durante cinco años y del que cada jefe militar o su patrono tiraría para ahorcarme o no dejarme movimiento (1). » A veces, aún peor, lucha contra su conciencia y es elocuente esta nota hallada al margen de un documento público : « ¡ Qué situación a veces la del gobierno nacional, en presencia de las autonomías provinciales, cuando se encuentra un gobierno bárbaro, pero legítimo, que es necesario apoyar, y una oposición que no puede ser apoyada, porque sólo piensa en tumultos y en revoluciones ! »

Desde entonces, todos los decretos en que se desconocía el derecho de los motines para crear situaciones legítimas iban acompañados de esta apostilla invariable : « No es posible luchar contra el gobierno de la Nación ». Dominados los insurrectos, en Santa Fe, en Corrientes, en Men-

(1) Tomo X, página 39.

doza, el comentario es semejante : « El digno ejemplo que ofrece la provincia, combatiendo y venciendo la rebelión con sus propios recursos, prueba que los caudillos han concluído y que los pueblos están resueltos a mantener la paz, sosteniendo el imperio de la ley en todo el territorio de la Nación. »

Todo se convierte en un motivo de insistencia. Al amnistiar los soldados rebeldes que depusieron sus armas en Junín, los devuelve a sus hogares bajo la impresión de estas palabras : « Todos los nombres de caudillos, de jefes, de antiguos gobernantes que estabais acostumbrados a seguir como un pendón, se hallan hoy despojados de importancia ante el nombre de la ley, de la Nación, de su gobierno, único que puede daros los bienes que perdisteis en la rebelión y que volvéis a encontrar como ciudadanos sumisos y leales. » Al consignar en un mensaje el asesinato de un presidente del Paraguay, que no fué, sin embargo, acompañado de perturbaciones en el orden político, no deja de agregar : « Así ha quedado una vez más demostrado con este acontecimiento deplorable que el puñal de los asesinos puede postrar nobles víctimas, pero que es impotente para operar revoluciones. »

Como las armas que la Nación ponía en manos del ejército eran las mismas que brillaban



en las facciones tumultuarias, Avellaneda emprende la lucha para salvarlo de la demagogia. Con graves palabras recuerda la austeridad de sus deberes, y les dice : « Hay gloria cuando el brillo del acero se mezcla al polvo embriagador de los combates; pero la hay también cuando las pasiones se acallan y en medio de las turbulencias políticas y de la obscuridad de los tiempos, las instituciones de un pueblo libre son sostenidas fielmente por la espada leal del soldado. » « Hay también un lauro para la virtud, para el honor, para la intrepidez militar que se aventura en pos de los peligros y que se contiene sumisa en presencia del deber. »

La doble campaña que tendía a un mismo fin, conducida incesantemente bajo todas las formas, velada a veces, transparente a menudo, eficaz siempre, halló la expresión concreta en una frase que ha pasado a la historia como el mejor resumen de su gobierno : « Nada hay dentro de la Nación que sea superior a la Nación misma. » Esta fórmula de tono tan imperioso, llegó hasta los más indiferentes. El buen hombre de la aldea remota, absorbido hasta entonces en la preocupación de sus intereses egoístas, al recorrer una mañana las columnas de su diario, encontró por vez primera la sugerente afirmación. Su cerebro, acostumbrado a funcionar con la precisión invariable del automatismo, detuvo su

marcha ante la idea intrusa. El entrecejo, contraído en el esfuerzo voluntario, trajo por única conquista al campo de su conciencia vagas asociaciones en que se mezclaban nebulosos recuerdos de versículos y de conjuros. Decididamente, no llegó a comprenderla. Por la tarde, en el club o en la botica, cuando ya habíala olvidado, le asalta de nuevo en la rueda de íntimos. Desde entonces, fué una obsesión. Día a día, el telégrafo vibraba con las trece palabras. Y así la idea repetida, entremezclándose íntimamente a sus creencias, llegó a esas obscuras regiones de lo inconsciente, en que se elaboran los móviles de nuestras acciones. No nos asombra que otra mañana, al curiosear la hoja predilecta, se iluminara su rostro con una sonrisa de gozo : *su* diario repetía lo que él hacía rato pensaba, ¡que nada hay dentro de la Nación que sea superior a la Nación misma !...

Era la obra de una frase. « Ningún hombre de estado ha desdeñado en este siglo el poder de la frase, sin exceptuar a Metternich, que fabricaba artísticamente sus proverbios para que circularan por Europa ; e incluyendo a Bismark, cuyos discursos vulgarizados hoy por la versión francesa, presentan un nuevo y grande orador al estudio y a la admiración de sus contemporáneos. No confundamos. La frase bella y útil será siempre un medio de gobierno, porque es

un medio de acción y de influencia. Lo que subleva y es repulsivo, lo que merece todos nuestros anatemas es la frase pomposa y sin sentido. Tanto más aborrecible, cuanto más ruidosa(1). »

Al terminar su período pudo constatar tres hechos elocuentes : el gobierno de la Nación es obedecido sin tardanza cuando manda, y escuchado con deferencia cuando aconseja. Hay una opinión nacional: una cuestión de La Rioja o Catamarca se debate en toda la república. El llamado a la fidelidad militar no sonó en vano y, como lo señala oportunamente su biógrafo, el doctor Garro, los jefes y oficiales del ejército « que tomaron parte en los sucesos revolucionarios de 1880, lo hicieron después de solicitar francamente su baja y en su condición de ciudadanos ». Desde entonces, para siempre, todas las revoluciones nacen muertas.

Hemos asistido a la laboriosa transformación de una idea en sentimiento colectivo. Veamos ahora de qué manera Avellaneda despeja el camino de sus innovaciones. Si pudiera conocerse en sus detalles los motivos complejos que obstaculizan la realización de tantas obras a todas luces bien intencionadas, no serían por cierto despreciables, la envidia y los celos personales. Para aquellos a quienes la gloria ajena

(1) Tomo III, página 63.



irrita hasta el delirio, el individuo y la obra se confunden en el mismo odio ennegrecido, como si, amontonando guijarros en su marcha, creyeran contrarrestar la gravitación ineludible del hombre superior.

Sabiendo cuánto pesan las mezquinas rivalidades de los contemporáneos, Avellaneda echó mano de un recurso al que no se hubiera resignado jamás la vanidad inflada de un mediocre: esquivándose a sí mismo, disimula la originalidad de sus proyectos. ¿ La ley de tierras ? una idea norteamericana. ¿ La conquista del desierto ? una empresa nacida nada menos que en Francisco de Viedma, allá por los tiempos del virrey Loreto. ¿ La ley de capital en Buenos Aires ? lleva la rúbrica de Rivadavia, « y será ella la única al pie del documento, cualesquiera que sean las firmas que aparezcan en el plano superficial de los hechos exteriores y que no siendo sino accidentes, no tienen el derecho de dar su nombre al acontecimiento eterno ».

Modestia, dirá alguno, pensando hacer un elogio. De ninguna manera ; esa pseudo virtud sólo tiene valor en las cotizaciones de los insignificantes. Es simplemente la firme confianza de quien renuncia al elogio de un día, porque sabe que ha de hallar, en lo futuro, la consagración irrevocable. Bien lo atestigua el noble orgullo de esta frase que Pedro Goyena recogiera de sus

labios : « Todos esos proyectos son viejos, bien viejos. Está dicho y ha sido confesado desde el primer momento. Pero hay una cosa nueva, *muy nueva*, aunque protesten todos los celos personales. Hay una cosa muy grande, aunque se alarme todo lo pequeño. Lo nuevo y lo grande es realizar el pensamiento, y éste será realizado. »

Soñó, sin embargo, con la apoteosis popular y hay como un deslumbramiento en este párrafo de comunicativa emoción : « Concebís que pueda haber para un hombre gloria igual, que recibir las ovaciones de un pueblo libre que se siente en toda la plenitud de su poder, que sólo da paso a la voz de su alma y que al inclinar su frente agradecida delante de un hombre no la dobla el servilismo degradante, ni el miedo cobarde, sino el entusiasmo y la veneración ? (1). » Dióle el pueblo algunas horas de su glorificación y de su culto, pero en ningún momento fué caudillo. Nunca salió de sus labios la lisonja mentida ni abdicó jamás sus dignidades más altas por el aplauso ruidoso de sus manos groseras, y cuando el mundo culto ponía sus ojos en la joven democracia de América, ésta oyó de sus labios, palabras de reconvención y de acicate : « Sabemos generalizar y difundir, dar ca-

(1) Tomo X, página 581.

lor, vibración y simpatía a nuestros sentimientos, atraer la curiosidad para nuestras ideas y apasionar a los extraños con nuestros hechos. Debemos así, ser cautos con nuestras palabras; porque aunque nosotros las hayamos olvidado, voces extrañas pueden devolvérselas de improviso buscando su verdad o su realización (1). » Pueden recordarlas los patrioteros panglosianos de hoy, que amenazan convertirse en una plaga nacional. Es infinitamente más provechoso para la salud de la república, el más amargo capítulo del *Manual de patología política*, que el charlatanismo — ingenuo o lo que sea — de los declamadores insubstanciales.

Es ya hora de resumir. La parte narrativa de su presidencia no nos corresponde ; circula por otro lado en todos los manuales y tiene ya, en el doctor Vicente Gallo, un comentarista inteligente. A los efectos de este ensayo que por el examen riguroso de los hechos desea llegar a la visión sintética, hacemos nuestro este párrafo que Ingenieros ha escrito en su impecable estilo de sociólogo : « Este período tiene dos características económicas perfectamente definidas : primera, la clase terrateniente se transforma de feudal en agropecuaria, iniciándose esta evolución en las provincias del litoral, cuya situación

(1) Tomo VIII, página 204.



geográfica facilita la circulación de los productos en el mercado internacional; segunda, la inmigración incorpora al país una masa enorme de trabajadores europeos, que aumentan la producción nacional. El caudillo se convierte en estanciero; el gaucho en peón. Junto a ellos nace una fuerza nueva: el colono, menospreciado por aquéllos, sin advertir que él y sus hijos constituirán medio siglo más tarde la fuerza política más importante de las provincias en que se radican. » En 1878 parten para Europa los primeros buques conductores de cereales argentinos: y ese fué para Avellaneda el hecho más grande de su gobierno.

Una evolución tan fundamental en la economía, en la cultura, en la política, ¿fué la obra de un hombre? Sería ridículo afirmarlo. Los grupos sociales varían independientemente del capricho individual. La exaltación carlyliana del culto a los héroes, no es más que un trasplante del ilusorio libre arbitrio al terreno de la evolución social. ¿Implica esto volver al « dejar hacer » de los fisiócratas? De ninguna manera. Junto a la masa que no presiente el cambio, el hombre de gobierno, sospechando el rumbo posible, despliega a tiempo las velas al viento. Si toda la ciencia política pudiera resumirse en una palabra, ésta sería indiscutiblemente: oportunidad. En tiempos de Rivadavia había una fra-

se que, convertida en proverbio, circulaba en el idioma de todos. « Es necesario forzar el tiempo », se decía. He ahí el secreto de su derrota. Intentar oponerse a la evolución, es tan ingenuo como querer apresurarla.

Profesor de economía política, Avellaneda supo a tiempo que « los intereses económicos bien comprendidos, estudiados y aplicados, están llamados a resolver prácticamente todas esas cuestiones (de nuestras luchas políticas) nunca concluidas y siempre renacientes » (1). Pero esas especulaciones no quedaron flotantes : llevólas a la vida práctica con un entusiasmo tan ardoroso, como no hay otro igual después del de Sarmiento. Si el « déspota del bien » supo concretar su pensamiento en el apotegma famoso que parece conservar la crispación de la mano que lo escribiera : « hacer las cosas, hacerlas mal, pero hacerlas », Avellaneda, menos violento, volcó el suyo en este otro de serena firmeza : « es posible lo que es necesario. »

Porque vivió en su hora, su presidencia marca una fecha. Se dirá *la época de Avellaneda*, como se dice *la época de Rivadavia*, « los dos jalones, escribe David Peña, que marcan el más alto grado de cultura en la vida de la Nación Argentina, en nuestros primeros setenta años de existencia ».

(1) Tomo III, página 27.

En la arquitectura nacional será su obra, la clave de la bóveda. A esta piedra, la bóveda debe, más que su solidez, su existencia, pero ella no saca su fuerza sino de las otras que la sostienen y la aprietan, como a su vez, las empuja y las afirma.

## VIII

¿ Avellaneda fué, entonces, uno de esos caracteres invariables como sólo se encuentran en la novela y en el teatro, sin una claudicación, sin un desfallecimiento, sin una faceta contradictoria ?

Producto de la herencia y de la educación, la personalidad individual que se refleja en el carácter varía en el curso de la vida en la justa medida en que varía la experiencia. Ningún ser vivo es hoy igual a ayer, como mañana no lo será a hoy. Es lo que William James ha llamado *corriente de la conciencia*, con una metáfora más afortunada que precisa. El interés circunstancial nos hace reparar en motivos que por lo común descuidamos, y viceversa, una preocupación inusitada nos hace olvidar los que habitualmente gravitan. En el carácter mejor tallado, las reacciones, en cada momento de su evolución, forman una línea ondulada alrededor de una trayectoria ideal.



Las pequeñas oscilaciones en la obra de Avellaneda, no nos interesan. Pero queremos señalar aquí, con absoluta franqueza, lo que constituye, para nosotros, el gran error de su vida: Avellaneda fué un enemigo de la escuela laica.

« La religión de Avellaneda — decía Eduardo Wilde con su desenfado habitual — no era un sentimiento puro sino una emigración de sus tiempos de colegio en los claustros de los conventos: tenía más del recuerdo estético de su vida en la triste y silenciosa suavidad de las aulas semiobscuras, incitantes de la melancolía y los ensueños, que del amor abnegado, incondicional, hacia el Ser Supremo, realzado por las ceremonias del culto. Avellaneda, en un fraile, miraba una planta apacible y amable de patio de convento. » Exacto, aunque no completo. El predominio del elemento estético en el sentimiento religioso de los hombres imaginativos, es evidente. Por una transformación paralela a la evolución de la cultura, la primitiva emoción de *miedo* que está en la base de todos los cultos, se convierte en el depurado sentimiento de lo *sublime* — temor en forma admirativa, — inspirado por el poder invisible, misterioso, que aniquila toda fuerza humana con su omnipotencia infinita. En ese sentido la religión católica, con el mito de un dios crucificado, la poesía de sus símbolos, la pompa de sus ceremonias, la dul-

zura de sus leyendas, la voluptuosidad de la muerte, ejerce aún sobre los profanos una sugestión extraordinaria.

Comentando a Renan, Avellaneda no nos oculta su intensa simpatía por el diáfano espíritu que fué a la vez sepulturero de creencias divinas y hacedor de creencias humanas. Pero se pregunta: «¿No sería posible contestar a M. Renan, que más grande y más *bello* que el Cristo-hombre de su libro, es el Cristo-hombre y Dios, viviendo con el rostro cubierto de sudor como el hombre, resucitando como Dios, tal como lo adoramos en la tradición y en los altares?» Y más abajo: «¿Pero cuál de nosotros no tiene en su memoria un Cristo más *bello*, allá perdido en el recuerdo de su primera plegaria, brotada con una lágrima y salida de una pena, la primera también que conturbó el corazón? El pueblo consternado lloraba; los golpes que caían sobre el madero resonaban en el corazón de la muchedumbre, escuchándose, sobre los golpes y sobre el llanto, la voz del sacerdote que contaba la antigua leyenda, la historia del que siendo Dios se hizo hombre, para anunciar su religión divina, sufrir y morir por los hombres. El niño siente por vez primera removerse su corazón, bajo el impulso de un sentimiento... y luego, más tarde, cuando todo ha pasado, se encuentra todavía sobrecogido en su lecho, pa-

sando su primera vigilia, sorprendido de ver tan pálida la luz de la luna y escuchando ese vago rumor de la noche y de los vientos, que le parece el llanto del mundo por su Dios... He ahí el « Cristo » ante el que palidece el del libro de M. Renan (1). »

Recluída la creencia íntima en la quietud de la vida interior, Avellaneda la separa rotundamente del clericalismo político. « No saben estos católicos mal aconsejados — escribía en *El Nacional* — cómo se enajenan el espíritu de los pueblos, confundiendo la religión que es divina, con las ambiciones del poder que son mundanas. Hacen así de la religión un tráfico, cometen simonía queriendo comprar con la verdad divina vanaglorias del mando, pábulos para una ambición que ella rechaza. » Y cuando en 1860 aparece el libro de Facundo Zuviría sobre *El principio religioso, como elemento político, social y doméstico*, lo fulmina con palabras inequívocas: « Esa máquina del catolicismo, que un día, tan pesada como es, gravitara sobre el mundo, y que el doctor Zuviría quisiera levantar de nuevo, está bien donde Dios y la marcha progresiva del espíritu humano la han puesto, sepultada bajo el polvo de los siglos. La creencia cristiana no admite, como las religiones anti-

(1) Tomo I, páginas 39 y 40.



guas, la evocación de las sombras de los muertos. Hay profanación en perturbar su sueño eterno... (1). »

Luchando por la libertad de cultos, lo encontró la convención de Santa Fe en el mismo año : y aunque reconoce que la carta fundamental de la confederación, al exigir que el presidente pertenezca a la religión católica, niega a los nacionales no católicos una parte de sus derechos políticos, lo acepta porque cree ver en ello un simple acatamiento a la religión dominante.

Ministro y presidente, es conocida su poderosa participación en nuestro inicial movimiento científico. Al inaugurar el Observatorio Astronómico de Córdoba decía que empezaba para América, « su posesión por la ciencia, su fecundación por el espíritu humano ». « Después de la América de la colonia — continúa en otra ocasión, — a la que le bastaban según el ministro Caballero, la teología como estudio y la ganadería como ocupación, y que reproduce en Charcas, Cuzco, Lima y Córdoba los estudios de la Edad media, que Alcalá de Henares y Salamanca continuaban dictándoles con su doble autoridad metropolitana y científica ; después de la América de los tiempos intermedios, incierta para encontrar su verdadera ruta, porque

(1) Tomo I, página 25.

no acierta a desprenderse de las ligaduras informes con que la envolvieron en su cuna, tendremos la América que investiga, que enseña y que aprende... (1). »

Rector de la Universidad, al hacer un elogio hermoso de Bacon, contaba en un banquete de la Sociedad Científica Argentina, cómo se había educado en Córdoba estudiando física en latín y sosteniendo apenas como una hipótesis probable, el sistema de Copérnico. « Desde que llegué a la edad de hombre — agrega — fué mi gran conato tomar venganza de mi educación claustral, impulsando, fomentando, el cultivo de las disciplinas científicas, que habían sido precisamente rehusadas a mi avidez por el saber, a fin de que los nuevos venidos no aumentaran el número de los desheredados (2). »

¿ Cómo es posible que un espíritu tan abierto a los vientos del siglo, estuviera en campo opuesto al de Sarmiento, en los días inolvidables de la gran batalla por la educación laica ? Releyendo la explicación de Wilde, se la ve insuficiente y es que sobre el elemento estético, en esa hora decisiva, predominó en su mente un viejo error moral. Para Avellaneda « escuela sin religión » equivalía a decir « escuela sin moral ».

(1) Tomo I, páginas 55 a 66.

(2) Tomo IV, página 298.

*La Escuela sin religión* es un folleto hermosamente construído. Sin esa estrechez sectaria que da a los escritos de Estrada y aun del mismo Goyena, no sabemos qué pobre desentono de seminario, puede leerse con acentuado deleite. El tono oratorio predomina, y aunque desde el punto de vista de la verdad nos choca desde la primera letra hasta la última, consigue transmitirnos — tan lejos como estamos de su medio y su momento — un poco de la calurosa emoción que le dió vida. « La escuela cambiaría desde su base — escribe — y nosotros todos tendríamos que abandonar hasta las palabras mismas de nuestro lenguaje que nos son más familiares para su uso antiguo y proverbial. La madre argentina no podría ya decir, enviando por vez primera a su hijo a la escuela, que ha puesto en sus manos la *Cartilla cristiana* !!! La tradición nacional y la filiación cristiana que se perpetúan de generación en generación por medio de la escuela, quedarían igualmente rotas ; y ese niño, el primero de nuestra raza en esta parte del mundo y el primero de su pueblo, no aprendería a conocer el signo santo de la Cruz, al descifrar la letra inicial del alfabeto !! Sería el primero que no pronunciara el nombre divino de Cristo, como su padre, sus abuelos, sus ascendientes todos, al sentir encenderse en su mente el primer destello de los conocimientos



humanos !!! ¡ Ah ! las madres han corrido por esto desde todos los puntos del territorio argentino para pedir que ese niño no sea el hijo de ninguna !!! (1) » Y más adelante : « La escuela debe ser religiosa, porque sin serlo no puede ser cultivado el sentimiento moral, que forma ciertamente el objeto primordial de la educación... La enseñanza no es una incrustación. Toda educación supone un desenvolvimiento, y tiene por objeto dar al hombre, según la expresión de Kant, la plena posesión de sus facultades. No pueden, en consecuencia, dejarse inciertas o inactivas esas facultades morales y afectivas que constituyen la más noble parte de su sér y que sólo encuentran su expresión completa en el sentimiento religioso. »

Entremezclando así, los argumentos sentimentales con los lógicos en una larga serie de sofismas involuntarios, Avellaneda concluye pidiendo el mantenimiento de la enseñanza religiosa, « para no romper, entre otras razones, con el vínculo nacional y con la tradición cristiana. Nunca fué formulado, por la voz de pueblo alguno, un llamamiento más fraternal o expansivo a los hombres todos que quieran venir a habitar nuestro suelo. Pero con este arranque inmenso hacia el porvenir, hemos planteado al mismo

(1) Tomo III, página 192.

tiempo un problema formidable ! No lo compliquemos sin necesidad, abandonando lo que la constitución ha querido guardar en el seno de la sociedad argentina. Debemos dar fuerza, consistencia, cohesión a los elementos nacionales y no empequeñecemos moral o materialmente. Seamos el pueblo argentino y conservemos los signos de una nación que desarrolla su unidad y que la impone como una enseña, dominando las situaciones más diversas a través de los tiempos (1) ! »

No caeremos por cierto, en el mal gusto de refutarlo. Pero permítasenos que contestemos a esta pregunta de la madurez : « ¿ qué habrá pasado en nuestro país, en el mundo o en la conciencia humana, para justificar un cambio tan profundo ? », con estas palabras de su juventud briosa : « (La prensa revolucionaria) reconoció que no se trataba únicamente de la inmediata libertad o esclavitud de un pueblo, sino que también estaban comprometidos principios institucionales, leyes constitutivas que era necesario radicar, cimentar, para después, sobre ellas, poder modelar el porvenir. Duelo a muerte, que en otros campos trababa el derecho divino de los reyes, los prejuicios de la ignorancia, las cobardías de la inercia colonial con la soberanía

(1) Tomo III, página 246.

de los pueblos, las revelaciones de la ciencia y las conquistas del pensamiento (1). »

He ahí lo que en nuestro país había pasado : la escuela laica era el último triunfo de la Revolución. La profunda renovación política tenía que acompañarse de una no menos profunda renovación en la enseñanza. A la escuela de la Colonia, monárquica y religiosa, debía suceder la escuela de la República, democrática y sin dogmas. Perdida la creencia en el carácter divino de la obligación moral, debía buscarse en la experiencia del agregado social una ética sin trabas opresoras, incesantemente perfectible como la vida misma. Como ningún ideal nuevo ha podido enseñarse jamás en ninguna escuela vieja, la revolución quiso formar el órgano apto para las funciones nacientes. Así lo comprendieron Moreno con los enciclopedistas, Rivadavía con los ideólogos, Sarmiento con Emerson y Spencer.

Nacido y educado en el norte, el cerebro juvenil de Avellaneda había recibido las impresiones indelebles del ambiente que tuvo en Córdoba su centro histórico y su avanzada meridional. Cuando llegó la hora de la lucha, su centro de gravedad se había desplazado : el grupo de tendencias nacidas al contacto de aque-

(1) Tomo X, página 312.



llas intensas sugestiones, se precisaron en un aspecto divergente de la conducta. He ahí cómo este hombre cuya vida entera es una guerra implacable a la Colonia, quedaba adherido por un pliegue de su espíritu a lo que tuvo aquélla de más representativo. Las contradicciones no son, por eso, lo que hay en nosotros de menos verdadero.

## EL LITERATO

### I

Los estudios de Avellaneda en la Universidad de Córdoba fueron exclusivamente jurídicos, y si nos atenemos a sus propias declaraciones, no encendieron su entusiasmo. Basta leer estas líneas, de ingenuo pesimismo: « En 1856 había concluido mis estudios en la Universidad de Córdoba y me volví a Tucumán, sin hallarme más adelantado respecto de conocimientos profesionales que el saber algo del fárrago indigesto que me habían hecho aprender con el nombre de derecho romano. Respecto de práctica no sabía una sola palabra y jamás ni por vía de ensayo había hecho un escrito. Sólo había adquirido mucha aversión por la ciencia que debía ser la profesión de mi vida. Era que no la comprendía (1). »

Con sólo recorrer la lista de sus libros de tex-

(1) Tomo X, página 99.

to, es suficiente para imaginar que los estudios habían caído en la barbarie o poco menos. De ciencias físico-naturales, ya hemos visto lo que se enseñaba. De teoría literaria, ni aún siquiera rudimentos. Se comprende que aquella época dejara en su espíritu una impresión de atraso y de amargura, y que alumno todavía, dijera ya que Córdoba, «ciudad monástica, imagen viva de la dominación española», vivirá en la memoria «no por tu ciencia que pertenece al pasado, sino porque te recuerda el corazón».

Pero un buen día, el latín, el frío latín de los juristas, le condujo a través de los mirtos virgilianos hasta la tierra encantada del humanismo. Ante sus ojos de niño, el reino de la belleza se identificaba de pronto, con la hechizadora visión del mundo antiguo. Cuando entre la *Teología* de Bouvier y las *Institutas* de Álvarez, sus ojos fatigados buscaban el Virgilio conseguido Dios sabe cómo, su pobre cuarto de estudiante se poblaba de sombras voluptuosas: desde Rhea Silvia, amada por un dios, hasta aquella Dido de inmortal ardor que, a través de las edades, consigue estremecer aún la *élite* de los adolescentes. La armonía, el ritmo, aquellas onomatopeyas que extasiaban a Estrada, también lo rindieron. Como Michelet, sus labios pudieron repetir la fervorosa oración a «San» Virgilio: «Y quién mejor que yo tiene el dere-



cho de decirla, yo que estoy educado bajo vuestro genio, que no recibí durante mucho tiempo más alimento para mi espíritu que la antigüedad expresada por vuestra voz; yo que viví por vuestra lactancia, antes de beber en Homero la sangre, la leche y la vida? Mis horas de melancolía en la juventud, las pasé cerca de vos; en la madurez, cuando tristes pensamientos vienen a mí, vuestros ritmos amados cantan aún a mis oídos, y la voz de la dulce Sibila basta para arrojar lejos de mí la triste silueta de los malos ensueños.»

Horacio después, con sus odas sensuales y elásticas como lomos de esclavas griegas; Tácito, con las puntas de fuego de su estilo vengador; Cicerón, en fin, con el gran ruido de alas de su período magnífico.

Había gustado el placer de la lectura y desde entonces quedó subyugado para siempre. A los clásicos sucedió muy pronto el tropel de los románticos. Fué la invasión, ruidosa y decisiva. Su sensibilidad afinada en la desgracia, reconoció el propio dolor, magnificándose en labios de René y Werther, Manfredo y Fausto, los héroes todos de corazón insaciado y de nostalgias infinitas. Carlos Nodier ha contado, en palabras emocionadas, que fué el día más hermoso de su vida aquel en que pudo llevar el traje azul, el obligado uniforme de quienes se

imagináran capaces de pasiones borrascosas. Para nuestro héroe llegó también el día involuible: y de frac azul, chaleco negro y pantalón gris, su imagen ha llegado hasta nosotros, custodiada por la ternura de un corazón femenino.

Chateaubriand le sedujo el primero, por el respeto estremecido con que habla de la juventud y del amor, por la pompa de su estilo magnífico de ondulante frase empenachada, por la vibración inaudita de su dolor estrepitoso. Las heroínas del humanista huyeron en derrota ante Velleda, corriendo entre los matorrales a la luz de la luna; Atala, con la cabellera agitada por el viento de la Florida; Cimodocea, cubriendo su pecho desnudo bajo la garra de los leopardos...

Byron, más tarde, ennobleció su adolescencia, y puede apreciarse en muchas de sus páginas íntimas cuánto fué la influencia de este Jeremías de los tiempos modernos que, amando lo imposible, pasó del llanto más puro al apetito más torpe. A poco de llegado a Buenos Aires, alguien dice a Avellaneda que su amada de Córdoba ha olvidado ya las lágrimas de la partida. Como un relámpago, atraviesa su espíritu el recuerdo de Byron llorando los dolores del desengaño, junto a las mismas aguas en que se hundiera para siempre la más genial de las poetisas antiguas, y como él también, piensa arro-

jar su anillo a la perpetua movilidad de las ondas. Y he ahí cómo las aguas del Plata — de nuestro casto Plata que no apagó jamás los ardores de ninguna Safo criolla — pudieron servir de desenlace « a una de esas tragedias a que empujan las pasiones » (1).

Heine le enseñó que la más alta poesía no es a veces la expresión directa de nuestros sentimientos, « sino una especie de ritmo o de refrán que se le asocia »; con el señor de la armonía, llegó hasta *el lago* de los murmullos; paseó con Musset por las calles de los molinos, « persiguiendo a la luz de los reverberos, las vírgenes locas y los amores vanos »; y aunque recogió de Hugo, el movimiento de las hojas descoloridas del *otoño*, nunca lo reverenció como al pontífice supremo. Le disgustaba su temperamento brutal, de grosería casi plebeya, su incapacidad en la expresión de sentimientos tiernos y quizá también, la complacencia con que el poeta de las *Contemplaciones* gustaba mirar el amor de la mujer, « como un perro a sus pies ». Ha dicho de él en una frase rotunda, que tuvo « el don y el defecto de la palabra excesiva ».

Pero encima de todos, el solitario del castillo de Combourg seguía reinando en su apostura inconfundible de Júpiter hastiado. El redactor

(1) Tomo III, página 17-18.



de *El Nacional* lo cita con respeto ; en la Academia de Jurisprudencia, el joven abogado imita sus imágenes, y cuando el presidente de la Nación hablaba de « la magnolia americana del bosque primitivo, con su blanca flor salvaje que pueblos numerosos de la América enredaban en el suelto cabello de sus jóvenes mujeres como símbolo de pureza », debió tener ante sus ojos la visión de Atala dormida y la frase rítmica de Chateaubriand cantando en sus oídos : *On voyait dans ses cheveux une fleur de magnolia fanée.*

A tanto llegó su amor que, siendo forzosamente optimista porque era activo, en homenaje al gran René, se declaró con los síntomas del mal del siglo... De creerle, llegó a tanto su desesperación que abrió una vez una de sus venas para contar los minutos con las gotas negras de su sangre calenturienta... Porque sabe que Tiberio tenía el amor de las soledades inaccesibles, le otorga un poco de su simpatía ; y por eso a Berryer, a su Berryer, no le perdona las frivolidades del castillo de Augerville.

## II

La patología mental, al disociar con fino escalpelo el complicado engranaje de las funciones superiores, nos ha mostrado en el novísimo ca-

pítulo de las *amusias* que la percepción del ritmo — de esa vuelta regular de las entonaciones y de las cadencias, que fué en un principio la sola música conocida — es una aptitud que, lentamente adquirida en una larga evolución, ha llegado a organizarse en un centro funcional, constante en la especie, desigual en el individuo, y al cual la educación desarrolla, como la enfermedad destruye o disgrega. Sin esa aptitud nativa, el músico, el poeta o el prosista armónico no existen, como no puede haber un pintor en quien no sepa asir en el mundo exterior las relaciones de *valor* y de *tinte*. De agudo sentido del ritmo, no lo ignoraba por cierto Avellaneda, y al hablar de Vélez Sarsfield nos dice que la traducción de la *Eneida* fué mediocre porque su autor carecía hasta de « esas condiciones del oído », indispensables para vestir con alguna elegancia el canto del mantuano, en suelta prosa castellana.

Pero hay aún algo más. Los testimonios que se han podido reunir sobre la génesis literaria, hablan todos de un sentimiento de opresión, de una sensación de inquietud, acompañados por la percepción un poco esfumada de un ritmo indefinible, que es el presentimiento de la obra futura. De ahí que a todos los ritmos exteriores y físicos se les haya atribuido una virtud inspiradora : desde el océano, « inagotable reser-

vorio de fuerza lírica », para emplear una expresión de Daudet, y desde el movimiento de la marcha, que en una caminata de verano hizo nacer en el cerebro de Rousseau *La prosopopeya de Fabricius*, hasta la música que, depositaria maravillosa del ritmo y la armonía, ha fascinado el espíritu de innumerables artistas. No sólo los simbolistas — Maclair, Guérin — han experimentado la eficacia de los acordes y de los sonidos. Alfieri y Schiller la conocieron y todos los grandes oradores han construído sus períodos como dictados por un tiempo musical : suspiro de *andante*, alegría de *scherzo*, majestad de *lento*. Bourdaloue tocaba el violín para prepararse a componer sus sermones. Gambetta iniciaba su circulación mental diciendo primero frases simplemente sonoras, hechas de adjetivos y sustantivos de débil significación, para darse *un élan tout musical*. Caminando a paso lento, sin anotaciones ni borradores, Avellaneda labraba páginas enteras. Concluída la obra, la volcaba rápidamente en hojas sueltas, de variadísimos formatos. Esto demuestra, como bien lo dice una nota sabrosa de *La Biblioteca*, que « Avellaneda pertenece a la familia de los escritores que llamaremos « peripatéticos » — cuyo jefe es Rousseau, — los que tienen la facultad de componer mentalmente sus producciones antes de darlas a la luz : de tal suerte que, llegada la



hora, su primera redacción es definitiva. Breve o larga, la gestación es suficiente para que el organismo literario nazca completo. Así se explica cómo los manuscritos de Avellaneda, a pesar de sus escrúpulos de artista, no presentan más enmiendas y limaduras que los de Sarmiento — improvisador genial a lo Diderot. Estos últimos crean *ex nihilo* al escribir, y sus ideas nacen realmente al ritmo tumultuoso de la pluma que rebota sobre el papel. »

Un documento curioso completa, en cierta manera, el paralelo esbozado. Nos referimos a un borrador de proclama que el ministro Avellaneda escribió con motivo del asesinato del general Urquiza. El presidente Sarmiento, al subscribirlo, le hizo modificaciones y agregados. Comparando los dos textos, pueden deducirse algunas consideraciones interesantes. La proclama de Avellaneda es sobria, mesurada, de contenida indignación. Desde el párrafo primero, en que nos muestra el desarrollo del crimen a grandes rasgos, y algunos tan magistrales como éste : « El gobernador de Entre Ríos fué muerto por los asesinos al caer las primeras sombras de la noche, rodeado por sus hijas, que intentaban substraerlo a los puñales, y *sin que la presencia de un solo hombre pudiese dar a ese acto la apariencia de un combate* », hasta la frase final en que declara « que no se sube al gobierno de

nuestros pueblos escapando al grillo de los predadores », el documento conserva el tono propio a la palabra que desciende desde tan alta investidura.

Con excepción del comienzo y de algunas frases aisladas que respetara, Sarmiento rehace la proclama y la transforma en un escrito desigual, confuso, redundante y vulgar. Un solo ejemplo. Donde Avellaneda ha escrito : « Las provincias están obligadas a regirse por los principios del sistema representativo republicano. Esta es la prescripción fundamental de la Constitución, y el Presidente de la República será su primer violador si acogiera esa doctrina que, bajo la atmósfera del crimen y sobre el cadáver de la víctima, se proclama hoy en la provincia de Entre Ríos, con el hecho y con la palabra, declarando que *la muerte dada y la muerte recibida, abren y cierran la sucesión del mando en una provincia argentina* (1) ». Sarmiento tacha y escribe : « Nuestra Constitución, como todas las constituciones humanas de que es copia, continuación y resultado, no admite la elevación del asesino al poder que deja vacío el asesinado » (2).

La corrección nos muestra con harta elocuen-

(1) Tomo VII, página 121.

(2) SARMIENTO, *Obras completas*, tomo XXI, página 311.

cia cómo un hombre puede ser de genio y no tener talento, entendiendo a éste como la forma superior de la inteligencia educada. Sarmiento había nacido para echar abajo las murallas de las ciudades envejecidas, y planear entre los bloques informes los grandes lineamientos de la arquitectónica futura. Pero pedirle el espíritu crítico que examina los materiales uno a uno, para agruparlos en la obra lenta de formación metódica, sería desconocer lo más típico de sus cerebraciones anormales: la instantánea visión de relaciones lejanas. Cuando éstas se precisan con nitidez alucinante, el genio orienta hacia ellas toda su vida, como si una fatalidad inexorable lo arrastrara. Por eso, a Sarmiento, siempre agresor, siempre agredido, hasta el tiempo le faltó para tener buen gusto.

### III

Aunque a menudo se confunden, hay entre el ritmo y la armonía acentuadas diferencias, sobre las cuales Emilio Faguet ha insistido en especial. Es rítmica toda frase que se desenvuelve sin tropiezos. Pero para llegar a la armonía es menester que el sentimiento generando el ritmo ajuste las sonoridades a la idea.

Tómese al azar cualquier escrito de Avellane-



da y se notará de inmediato el imperio del ritmo, tan acentuado, tan preponderante, que andan desparramados por su obra una multitud de versos blancos. Dos párrafos nos parecen típicos. Al inaugurar el ferrocarril Central Norte, comentando cómo la naturaleza se embellece bajo la acción fertilizante de la industria, decía : « Lo que vemos, lo que admiramos en los valles y en las montañas, no ha tenido hasta hoy por autores sino los tres artífices primitivos : el aire, el agua y la luz del sol. ¿ Cuántos prodigios se producirán cuando se agregue a ellos el trabajo viril e inteligente, cuando ningún hilo de agua descienda de la montaña para insumirse estéril, cuando el árbol espontáneo y el árbol cultivado, la flor de las praderas y la flor de los jardines entretejan sus ramajes o confundan sus perfumes ? »

Tres años antes, el mismo día que abandonaba el ministerio de Sarmiento — contra la unánime opinión de sus amigos, que veían en ese gesto resuelto el fracaso seguro de su candidatura presidencial, — escribió para « aquietar los nervios », algunas palabras sobre Burmeister y su libro *La Creación*, que fueron reproducidas por la prensa de toda la América. De esa página afortunada entresacamos estas líneas : « El labriego obscuro que no levanta su pensamiento ni sus ojos más allá del horizonte visible, pasará

tranquilo, sin dramas, sin tormentas, sin agitaciones en su vida. Puede él decir, he ahí mi cuna — señalando la casa paterna, — he ahí mi tumba y el rayo de luz que ha de iluminarla cuando el sol descienda con sus postreros resplandores sobre el cementerio de la aldea. »

En el primer fragmento, ateniéndonos simplemente al estilo, hay un embeleso para el oído, como es regalo para los ojos el andar de esas mujeres que parecen acompasar sus movimientos al son de una melodía interior. En el segundo hay, ante todo, una armonía expresiva, una verdadera pintura musical. El sentimiento de quietud que Avellaneda ha querido sugerir, llega hasta nosotros gracias a la frecuencia de los sonidos graves y a la lentitud majestuosa de la frase final, de tan acentuado contraste con el ritmo nervioso e intermitente con que termina el primer semiperíodo. Mientras que los coloristas — Gauthier, Lecomte de Lisle — fijan sus visiones con el recortado contorno de las palabras concretas, los escritores armoniosos — Lamartine, Renan — traducen la emoción misma que los conmoviera, mediante una sabia sinfonía de sílabas graves o agudas, pesadas o ligeras, lentas o rápidas. La armonía implica el ritmo, pero le es superior.

Esto, además, equivale a decir que Avellaneda razona, vigila su arte. Su sentido crítico si

no produce, fecunda la creación artística paralela. Llegó a conquistar un estilo prolijo, con un cuidado sumo en la elección y colocación de las palabras, con un gusto esmerado en la agilidad de la forma, con un fino sentimiento de delicadeza en los detalles. Verdadero precursor, Avellaneda ha mostrado en nuestras letras primerizas, cómo una frase bien hecha reserva a cada palabra un lugar tal, que bastaría introducir una simple conjunción para que el efecto total disminuyera. Un número secreto sostiene sus páginas, que podemos recitar casi sin fatiga. « Una frase es viable — ha escrito el más genial de los maestros del estilo — cuando corresponde a todas las necesidades de la respiración. Yo sé que es buena cuando puede ser leída en alta voz... Las frases mal escritas no resisten a esa prueba ; oprimen el pecho, perturban los latidos del corazón y se encuentran, así, fuera de las condiciones de la vida. »

Es conocida la impresión de sus contemporáneos. Goyena ha dado la fórmula : « Fué una novedad y una sorpresa. » Junto a algunos versos de Guido, muchos hemos oído declamar a nuestros padres, con acentuado deleite, largos períodos de Avellaneda. Se acentúa así la ya señalada importancia política de su frase ritmada. Wundt ha escrito que la conciencia recoge más fácilmente las impresiones, cuando las dis-



pone en un orden rítmico. Un lenguaje en que todo está regulado, economiza la atención, el esfuerzo intelectual, a la manera de un instrumento perfecto del cual hubieran desaparecido los frotos que consumían fuerza viva. Es lo que Eduardo Wilde ha señalado en este comentario perspicaz : « *Haremos cualquier sacrificio para cumplir nuestros compromisos.* Es una frase honrada, urbana, bien hablada, buena vecina, digna de una aprobación municipal ; un industrial serio la diría y quedaría contento ; pero es una frase vieja, usual, común, dicha mil veces en la circunstancia apropiada. Mientras tanto esta otra, idéntica en su significado, igual en su mente y su propósito ¡ con cuánta novedad, donaire y elocuencia sale a escena para quedar como un estereotipo en la conciencia pública ! : *Economizaremos sobre nuestra hambre y nuestra sed para pagar nuestras deudas.* El don de hallar la forma casi equivale a crear. »

Cuando se tiene un amor tan intenso por el ritmo y la armonía, dos defectos son posibles : descuidar la precisión y caer en el énfasis. En uno y en otro, ha podido ser tentado Avellaneda.

Los románticos deslumbrados por lo pintoresco, los parnasianos enamorados de las formas plásticas, los realistas persiguiendo el detalle verídico, han llegado hasta el genio del

lenguaje, para arrancar a las cosas su apariencia. Fiel a la primera manera del romanticismo, vaga y abstracta, Avellaneda no tuvo ni el léxico abundante ni la preocupación del epíteto exacto. Unas veces nos habla de « bellos y *delicados* horizontes » (1), de « los silencios de la noche callada » (2), de que « está *averiguado* que el viento que pasa por el cabello del niño refresca la frente y el alma del maestro » (3), de que es necesario « señalar nuevamente *el derrotero de las grandes rutas* por donde vienen los hombres y los capitales » (4).

Si el autor de *Los mártires* le dió el ejemplo de la prosa armoniosa, contagióle alguna vez ese *estilo imperio* lleno de perifrasis e invocaciones. Si Chateaubriand llamó a los dragones, *centaures au vêtement vert*, Avellaneda nos habla también del inmigrante que se interna « como un nuevo centauro sentado sobre su máquina de vapor » (5), o escribe que « la ciencia de la República Argentina no tendrá jamás, como la ciencia del norte de Europa, por emblema el pálido nenúfar, esa azucena de la esterilidad

(1) Tomo X, página 362.

(2) Tomo IV, página 215.

(3) Tomo IX, página 363.

(4) Tomo IV, página 257.

(5) Tomo IV, página 199.

que brilla sin colores en los helados campos de la Alemania » (1), o dice de Monteagudo : « astro que se incendia en la confluencia con otro cometa, y que se lanza por el espacio derramando el fuego que lo devora » (2), o de Valentín Alsina : « tenía en sus fibras el nervio de acero, que pone de pie la estatua humana y la hace atravesar las generaciones » (3).

El orador persistía en el prosista. Al tomar la pluma, Avellaneda se siente en la tribuna y esa constante presencia de la multitud rebaja los quilates de muchas páginas. El orador que se dirige al auditorio con este párrafo recargado de caireles : « Después de haber iluminado un misterio de la conciencia humana, Platón se paseaba por el Sunio dejando vagar sus miradas por los cielos y los mares de la Grecia ; y para reposar su espíritu, por la meditación desfallecido, en vez de inclinarse sobre el pecho estremecido de la bacante, seguía sobre las ondas azules los rayos abrillantados de la estrella que se encendía silenciosa sobre su frente, la bella Urania, la diosa severa de la inspiración y de la verdad, seno ideal único digno de calentar su cabeza divina », es el mismo que escribe en el

(1) Tomo X, página 598.

(2) Tomo I, página 39.

(3) Tomo II, página 139.



*Libro de Tierras*: « ¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre eleva en su corazón y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los días de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades; por qué, decimos, ... »

Esa debilidad por los aplausos — que en el orador de raza se convierte muy pronto en obsesión irresistible — explica cómo la frase pequeña, concisa, de tono imperioso e incisivo, que le dió entre nosotros fisonomía personalísima, puede alternar con el párrafo pomposo de corte de arenga. De ahí también la desigual vitalidad de su obra literaria; mientras los trozos que buscaban el éxito están ya marchitos, continúan lozanos los que tradujeron la sinceridad de su emoción. Es palpable el contraste en el discurso pronunciado en el entierro de Alsina: « Hay palabras breves pero inmensas, que a pesar de ser pronunciadas por nuestros labios, la mente humana no acierta a comprender. Dios — la eternidad — la muerte. Luces y sombras! El pensamiento que irradia como la luz, y que asciende o que desciende y se sumerge en las tinieblas sin nombre. ¿Qué es la muerte? He

ahí un cadáver, su imagen material. Desgarra-  
mientos en nuestras fibras — lágrimas en mu-  
chos ojos, — he ahí los vínculos carnales que la  
muerte rompe; y al inclinarnos sobre el fé-  
retro, vemos sus sombras caer en fúnebres re-  
flejos sobre la frente, sentimos sobrecogimien-  
tos que estremecen las almas y que las comuni-  
can entre dolores que se calman o que estallan,  
entre esperanzas que se fortalecen o se abis-  
man, de un mundo al otro, por el intermedio  
de la tumba (1). » Sabemos que en los contem-  
poráneos, esto produjo una emoción intensísi-  
ma. No es posible dudarlo; es bien conocida la  
elocuencia que tienen las palabras, cuando los  
oídos las esperan. Pero para el juicio reposado,  
al que no turba ni la fascinación personal del  
orador ni la sugestión colectiva de los oyentes,  
nada valen las frases que encuentran el efecto  
del momento, y con la misma sinceridad con  
que declaramos que resbalan sin conmovernos,  
señalamos este otro párrafo que advirtieron más  
los espíritus selectos: « Ha muerto en la cum-  
bre, bajo la luz plena y en todo el poder de sus  
vigorosas facultades. Habría tenido pronto por  
delante la vejez con sus cavilaciones largas y  
con sus horas inertes; y él, que había recibido  
como don supremo las calidades que templan

(1) Tomo II, página 165.

fuertemente al hombre para la acción, ha preferido no entrar en la región tranquila y fría. *Bajo cabellos blancos, con la mano vacilante y el corazón enflaquecido, se habría un día desconocido a sí mismo.* »

¿ Implica esto negar la legitimidad del grito apasionado que el dolor intenso vuelca en el período jadeante ? Absolutamente. Que lo diga sino el arrebatado lirismo de esta plegaria en la tumba de Dominguito, en que la frase final llega a lo sublime : « ¡ Sombra de Varela, levántate ! La ola de sangre que os arrebató en su torbellino, continúa arrojando sobre la ribera nuevas víctimas. Son vuestros hijos en el martirio y en la Patria, y a vos, el más grande y el más ilustre de nuestros muertos, os toca conducirlos al seno de Dios !! Hemos removido ya muchas veces este suelo para confiarle despojos queridos. Sobre las viejas losas ¡ cuántas inscripciones nuevas !... Nuestra tarea fúnebre nos trae vencidos ; y como en aquellos días de la tribulación tremenda, parécenos que va a desaparecer cuanto de noble y generoso alienta en la patria del argentino. Esta es siempre, Señor, vuestra tierra : y en ella, el mártir continúa fatigando al sepulturero (1). »

(1) Tomo II, página 83.



#### IV

Con ese amor de la retórica y del ritmo, de los grandes vuelos líricos, del estilo periódico armoniosamente balanceado, sin un léxico copioso capaz de fijar los matices fugitivos, sin la espontaneidad de la expresión abandonada, del giro que sorprende, de la metáfora que estalla, del adjetivo recógido en el vulgo o del tecnicismo tomado a la ciencia, es fácil deducir que si Avellaneda domina la frase que canta, no tiene la pluma que pinta, que graba y que burila. Carece de esa opulenta vena de color, que él mismo señalara como el rasgo más firme del artista que nos dejó en *Facundo* la revelación estética de la geografía argentina.

En Avellaneda son vagos los contornos, brumoso el colorido. Cuando describe, lo hace siempre con términos abstractos. *Inmenso*, *grandioso*, *indefinible*, son epítetos frecuentes. Cuando por vez primera contempla el río de la Plata, escribe: «El río! el *inmenso* Plata! Sentado en la escalinata del muelle y siguiendo el *proceso* de las olas, que se dilatan más allá del horizonte *visible*, muchas veces mi emoción me ha hecho sonreír, suscitándome el recuerdo legendario del ingenuo estupor, del místico azoramiento de nuestro obispo Molina, no pudiendo

arrancar, un día entero, ni su espíritu ni sus ojos de la contemplación del *grandioso* espectáculo (1) ». Y nada más. Lee las poesías de Jorge Isaac y pregunta : « Pero ¿ dónde está el poeta anunciado y que debe hacerse presente a nosotros con sus cantos nacidos entre los *esplendores* y las *magnificencias* de la zona tórrida ? ¿ Dónde están las cumbres *excelsas* del centro de la América, marcadas por la lava y por el *fuego* de sus *volcanes encendidos* ? » (sic) (2).

Cuando repara en las exterioridades, es sólo para señalar sus relaciones con el espíritu : « Fué para este objeto inventada la carreta tucumana, que sólo pudo ser construída teniendo al alcance de la mano los árboles *gigantescos* de sus bosques, y que con sus *pesadas* mazas y *formidables* ruedas ha aplanado durante dos siglos las rocas en su tránsito por la sierra, y cavado las llanuras con surcos que sirven hoy de cauce a las avenidas formadas por las lluvias. La carreta tucumana, arrastrándose con el paso tardío del buey en medio de las *vastas* soledades, ha creado para nosotros un *ruido nacional*, si es que pueden asociarse estas dos palabras ; y no sería argentino el que, despertándose de improviso en la noche y al oír un ruido largo, acompasado y

(1) Tomo I, página 3.

(2) Tomo I, página 78.

estridente que se acerca o se aleja, no pueda decir: Es una carreta tucumana que se va o que viene (1). » Cómo es la carreta, qué característica tiene, no lo sabemos, pero hemos aprendido lo que *significa* entre nosotros.

Junto al retrato que de Alberdi hace Mansilla, obsérvese este medallón de Avellaneda: « Ha pensado y ha escrito. No ha tenido ingerencia personal en el gobierno interior de su país, ni aun siquiera por medio de la vida activa del ciudadano. Así, sabe palabras, formas. Sabe el pensamiento mismo como concepción mental y lo maneja poderosamente. Pero no sabe su aplicación práctica. No sabe la realidad, en su forma trivial, tangible por decirlo así. Descubriría el sistema del mundo político como Kepler o Copérnico, pero no sabría dirigir los debates de una cámara en sus pormenores reglamentarios. Nunca veo al doctor Alberdi sin traer a la memoria estas palabras con que el padre Laurenzio Altieri define al beato y sutil Scott: *Vir acutissimus in verbis, atque in rerum substantia, sed in materia plene ignarus*. Varón ingeniosísimo en las palabras y hasta para explicar la substancia o esencia de las cosas, pero ignorante en todo lo que se refiere a la materia. » Después de leer estas líneas, nosotros no sabemos tampoco si

(1) Tomo I, página 141.



Alberdi era alto o bajo, moreno o rubio, delgado o grueso. Carecemos de esos detalles increíbles que dan a los retratos de Mansilla una realidad que alucina: desde los cambiantes del iris, hasta la cabellera azulada de las venas que serpentean bajo la epidermis. Pero poseemos algo que vale mucho más: la clave de un espíritu nacido para pensar sobre la vida, más bien que para vivirla.

Más que la mirada penetrante que persigue el detalle, tiene Avellaneda el golpe de vista que abarca el conjunto. Sus inducciones psicológicas son admirables, lo mismo en una monografía que en un discurso, que en la nota escrita al margen de un libro. Comentando las memorias de Busch, en la parte que se refiere a las lecturas de Bismarck, nos sorprende con estas observaciones penetrantes: «El lector de romances había desaparecido y Mr. de Bismarck era no solamente religioso, sino místico en sus lecturas. La transición debía, sin embargo, ser aguada porque es conocida. Así sucede con todos estos hombres de prodigiosos hechos. La magnitud de los acontecimientos en que se encuentran envueltos empieza por despertar en ellos la necesidad de lo portentoso, y Napoleón va a Egipto leyendo la tragedia de Werther y las fábulas de Ossian. Más tarde, toman ya posesión de sí mismo, entran resueltamente en su destino y empieza en ellos este trabajo interior para

ligar su acción transitoria con los designios divinos. Son los ministros de la Providencia (1). »

Todo lo que en Alsina había de generosidad instintiva se evidencia en esta simple frase con que Avellaneda relata cómo llegó a abolir el servicio de fronteras: « Le vino al pensamiento para corregir una injusticia, para impedir que hubiera en su país una clase social deprimida con una servidumbre de sangre, y antes que una idea en su mente fué por mucho tiempo un movimiento en su poderoso corazón. »

En el estudio sobre Rivadavia, por fin — para nosotros, lo más jugoso que ha escrito, — todo es perfecto: el análisis de su espíritu, como la evocación del medio. Basta esta página para confirmarlo: « Durante los dos años de la presidencia de Rivadavia, se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía o un acento, sale a la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega, el comercio que se agranda, la industria pastoril que mejora sus productos, la nueva tierra que se arranca al desierto bajo el amparo de la ley enfiteútica, el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes, en el Congreso, el elegante discurso de don Valentín Gó-

(1) Tomo III, página 117.

mez, se recita en el salón el soneto de Lafinur, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta hermosa dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y la Trinidad, el pintor venido de Europa, como Monvoisin, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos. La Trinidad, con su voz empapada en lágrimas, atraía al escenario del Victoria la sociedad culta de Buenos Aires, para darle en espectáculo los lamentos de Dido acongojada, en aquellos endecasílabos de Varela que podrían hoy encontrarse monótonos, pero que se incrustaron dulcemente en muchas vidas, conmoviendo el corazón de tantas beldades. Lapuerta hacía vibrar su acento trágico en *El delincuente honrado*, mientras recogía su gesto y grababa su voz el joven Casacuberta, que debía también subir a la escena para sobrepasar a su maestro en *Los siete escalones del crimen* — espectáculo de otra generación, — como el drama patibulario de Víctor Duncange excede al drama lacrimoso de don José Cadalso. Varela mismo entraba en los bastidores del Teatro de la Victoria !

« Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo



atrasado, lo receloso, y se halla del mismo modo en movimiento. Existe la pequeña prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga las fiestas oficiales hasta para inaugurar la construcción de una arcada en el cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre*, y éste se burla con sorna del sabio extranjero que se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos o por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta, hasta que, llegando al famoso canal de los Andes, los nervios se templan, las fisonomías se aplacan y el coro de la risa es universal. La reforma eclesiástica ha herido en carnes vivas, y de las celdas mismas de los conventos se escapan rumores siniestros y hasta embozadas amenazas. La pompa presidencial es repulsiva a estos mismos sentimientos, y se acecha en las calles el séquito del Presidente para soltar la carcajada a su paso. La ley de la Capital encontraba resistencias en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianza en el interior para la resistencia o para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su

presa. Lo fué para cada uno la provincia que gobernaba (1). »

## V

No es un pintor hemos dicho ; no es tampoco un *psico-imaginativo* agregamos. En los grandes poetas — Víctor Hugo, Rubén Darío — los razonamientos van implicados en la enumeración de las imágenes, cada una de las cuales involucra a su vez un juicio explícito. En Avellaneda, la imagen — comparación o símbolo, rarísima vez metáfora — no surge espontáneamente como una visión. Piensa en abstracto y busca luego la imagen que refuerza la idea. Es el procedimiento clásico, bien evidente en este párrafo : « En los archivos y bibliotecas de esta ciudad existe atesorada nuestra vida entera de tres siglos, y estos archivos y bibliotecas no han sido formados como los de Alejandría, por la acción artificial de algunos hombres, sino por la acción natural y lenta del tiempo, que los ha reunido insensiblemente hoja por hoja. Es el sedimento arrojado por las aguas sobre las márgenes del río, mientras éste cavaba su cauce profundo (2) »,

(1) Tomo I, páginas 294-295.

(2) Tomo XI, página 469.

o en este otro con que finaliza su juvenil *Comentario a las Leyes de Toro*: « He concluído, — y sólo me queda pedir os vuestra indulgencia para este trabajo de tan pocas horas. Nunca me ha asistido convencimiento más profundo ni pesar más grande por la insuficiencia de mis estudios que en este momento. Sólo se conocía el peso de las armas de Rolando cuando se trataba de manejarlas (1). »

Su vida militante no le permitió la creación literaria. Todos, absolutamente todos sus escritos de arte, son comentarios biográficos o críticos. La única excepción, si por tal puede contarse, es una página titulada *El cartero*. En la forma breve del poema en prosa — excelente para imaginaciones de corto vuelo — nos cuenta el dolor de una chiquilla que espera conmovida una « de esas cartas que no pueden ser entregadas porque no han sido escritas ». Una novela que comenzó en su juventud, era de carácter histórico; debía llamarse *La agonía de la Colonia* y tener al Deán Fúnes como personaje principal: pero, no sin razón, no se le ocurrió terminarla. Groussac ha realzado ese carácter intermitente de sus producciones, impuesto por la actividad de la labor política, con esta imagen sintética como suya: « Orador en la prensa

(1) Tomo X, página 54.



y literato furtivo en la tribuna, tuvo que engañar su sed artística mojando sus labios en el hueco de la mano, al pasar el río, como el guerrero bíblico. »

Estas circunstancias, agregadas a su penetración psicológica, lo colocaron en excelentes condiciones para la crítica. No había llegado aún a los veinte años, cuando escribía en *El Triunfo Argentino* : « El poeta busca sus inspiraciones en la imitación de los poetas latinos, y trata de remedar, sobre todo, la grandilocuencia de la frase romana. Dicción precisa y severa, ideas elevadas, majestad y pompa en el estilo. Pero estas calidades excelentes vienen acompañadas de sensibles defectos : falta de naturalidad por la aplicación violenta de los modelos, la alegoría mitológica en vez del movimiento de las pasiones ; falta de colorido local en la exposición de los acontecimientos, y de verdad y profundidad filosóficas en el desentrañamiento de los caracteres (1). »

Bajo la alta inspiración del maestro de *Los lunes*, y cuantas veces se lo permitieran las tareas de la legislatura, del ministerio o de la presidencia, escribía, sobre los acontecimientos intelectuales de su época, interesantísimas reflexiones, más valiosas en su misma brevedad que

(1) Tomo X, página 314.

las tan diluídas de Goyena. A Becquer lo juzga en cuatro líneas definitivas: « Le falta intensidad y extensión, pero tiene en verdad, instinto poético. No es un poeta, no; sino un ensayo, un intento un preludio de poeta, como el germen de una planta no es una flor. En Becquer había sin duda el don de la poesía, pero no ha tenido desenvolvimiento por el trabajo. No basta llevar consigo la fuente de agua viva. Es necesario que se convierta, por la compresión, en fuente de agua surgente, a fin de que sean visibles y útiles para los demás (1). Así también a Echeverría: « Echeverría tiene el sentimiento íntimo, la percepción poderosa, la idea variada y profunda; pero le faltan las dotes de la manifestación exterior. Su producción es angustiosa. Le cuesta arrancar la voz del pecho. Gobierna mal la palabra y sufre el embarazo del metro y de la rima. La *Cautiva* está escrita en el octosílabo de callejuela, no por simplicidad, sino por esterilidad de expresión. Echeverría es, siempre, un pensador más que un poeta. » Y a Ricardo Gutiérrez: « ... su poesía no piensa, no inventa, no crea. Es siempre la misma, aunque no fatigue en ocasiones, a pesar de su repetición, por su intensidad profunda. Todos sus cantos son un canto. Su verso está admirablemente modulado

(1) Tomo III, página 73.

para dar expresión a un grito de dolor... Ha abordado hoy el tema filosófico, cristiano o humanitario, para dar variedad a su canto. ¡Qué riqueza de rimas, qué esterilidad de ideas! Aquel verso sonoro y doliente, ¡cómo se presta mal a recibir las inspiraciones del lugar común, o de la filosofía conventual! (1) ».

Deseaba para nuestra literatura naciente la libertad más amplia. La quería sin el peso de las tradiciones que sofocan, capaz de mirar más hacia el porvenir que hacia el pasado; independiente y viril como la pujante nacionalidad en formación. Estamos ligados a España, dice, «por la sangre, por los sentimientos nobles y expansivos del corazón. Iba agregar : por el *idioma*; pero esta parte de la herencia se ha perdido y no la deploramos ». Y en otra ocasión anota : « El señor B. es un literato español y sabe la literatura española. Los españoles no tienen por lo común la curiosidad de las literaturas extrañas, porque estudian la propia. Es mejor nuestra condición, — me decía a mí mismo al hacer esta reflexión. Vivimos confesadamente del pensamiento ajeno. Nos asociamos al movimiento intelectual de todos los países, porque no tenemos por delante este embarazo de una literatura nacional envejecida y atrasa-

(1) Tomo III, páginas 80 y 81.



da (1). » Expuesta en páginas no destinadas al público, debemos creer que era esa su verdadera opinión, muy distinta por cierto de la que puede cantarse en una fiesta de confraternidad. Cuando ésta vino, Avellaneda no mezquinó la hipóbole, y para ponerse a tono con quienes acarician la creencia mística de que hay en el mundo una tácita conspiración para robarles sus glorias, díjoles gentilmente « que el pensamiento español sigue sin vértigo la ciencia alemana », que el drama de Echegaray combina luces y sombras shakespearianas, y que España « estaba hoy en aptitud de transmitirnos bajo todas sus fases, el pensamiento europeo ». Es casi inútil agregar que estas palabras tuvieron en su auditorio un éxito tan estruendoso, como no lo han visto los tiempos pasados ni volverán a ver los venideros...

La célebre carta a Santiago Estrada es una broma escrita con intención muy seria. « El pensamiento argentino — escribe, — abundante o escaso, ha vivido siempre en las alturas, ha seguido el movimiento de la época, y debemos, a lo menos, mantenerle esa tradición de honor. Estamos acostumbrados a vivir de la médula de los leones, y es necesario decir *atrás* a esta escuela que quiere llevarnos a Meléndez y sus

(1) Tomo III, página 169.

palomas, a la silva pastoril y a todo lo insubstantial, pueril y fastidioso. » Entre sonrisas de delicado aticismo, expone en estos términos su ideal poético: « El tipo del poeta no es la rubia Ceres que preside las cosechas, ni el festivo dios Pan que no inventó la lira sino el caramillo, para asociar sus desapacibles sonos a las tareas rústicas. El tipo eterno del poeta es aquel Orfeo que aparece en las leyendas índicas y griegas como el primer Cantor Sublime, revelador de los misterios divinos y humanos. Su poder de seducción es inmenso. Después de haber vencido con su lira a las fieras, después de haber bajado a los infiernos en busca del bien perdido, Orfeo vuelve a la Tracia y muere despedazado por las bacantes, es decir, por las pasiones bravías que él mismo había suscitado en sus cantos (1). » Y con motivo del *Prometeo* de Andrade insiste con palabras semejantes: « Es Corina en el cabo de Micenas, arengando a los romanos. Es el grito con que René hace temblar las lianas de los bosques en los desiertos de la Florida. Es el vértigo luminoso con que Manfredo, poseído de la desesperación pero sostenido por un invencible orgullo, sube la cumbre de los Alpes; — y el vértigo sombrío con que Lelia, con el alma dilacerada y el pie sangrien-

(1) Tomo I, página 82.

to, descende a sus oscuros abismos (1). »

Por eso, Gauthier, afirmando la existencia del mundo exterior entre los gemidos de los líricos, le disgusta casi como un extravío... « El poeta paisajista — afirma — pasará con los gustos de su generación. Falta en sus cuadros la nota viviente, que sólo sube de las profundidades del alma... El colorido es bello, pero sólo es perdurable la expresión del sentimiento humano. Un paisaje no es el bosque, el valle o la montaña. Es todo esto, pero, además, un hombre y una mujer. Si ésta no se presenta, no hay cuadro, y por bello que haya sido todo, a nada se adhieren ni la memoria ni el corazón (2). » Así cuando reconoce que Andrade es un pincel, agrega en seguida; « no es un alma ».

¿ Reconocéis la misma voz que murmurara al oído del poeta de *Las noches* que los más desesperados son los versos más hermosos? La fórmula, indudablemente estrecha, lleva el sello de esa exageración romántica que hacía de un infortunio privado, un cataclismo universal. La ilusión de las tristezas magníficas que llenó de tibias claridades el amanecer de tantas almas sensitivas, es el último miraje que nuestra vanidad se resigna a reconocer como falaz. Llega,

(1) Tomo I, página 90.

(2) Tomo III, página 156.



sin embargo un día, en que se confiesa que había jactancia en el lamento y que *même en dou-leur on mène un train fort ordinaire...*

## VI

Quién recibió de labios de Sarmiento la palabra entusiasta, tuvo siempre para los jóvenes el apretón de manos generoso. Sabía muy bien, cómo el hielo de la crítica implacable marchita las flores entreabiertas y cuánto se venera en la hora decisiva el gesto alentador de un guía respetado.

En una página deliciosa, Cárcano ha contado la intensa sugestión que ejercía Avellaneda sobre sus jóvenes amigos. « La impulsión imitativa, la tendencia a copiar lo que se admira, la inspiran siempre los hombres superiores. En el colegio extendióse el gusto por imitar a Avellaneda en su elocuencia... Hubo *avellanedistas* que hablando eran fiel trasunto del gran modelo. Cada uno tuvo su círculo, sus propagandistas y admiradores. Formáronse partidos, nacieron emulaciones, se sostuvieron luchas. Muchas veces en el mismo claustro, dos o tres avellanedistas delante de particular auditorio, improvisaban su tribuna y no pocas ocasiones las rivalidades existentes hacían concluir estas

justas de oratoria, en un infierno de gritos, aplausos y silbidos. »

Es conocido el largo estudio con que saludó el primer ensayo serio del que debía llegar a ser después el príncipe de nuestros críticos y, con esa fuerza de simpatía que constituye a los maestros, no perdió jamás la ocasión del elogio justiciero. Comentando el libro de Fontana, aprovecha para señalar la obra de los jóvenes investigadores en la ciencia — Ameghino, Zeballos, Moreno, Holmberg, Lista, Aguirre, los dos Lynch ; en el prólogo a las poesías de Rivarola, exclama : « Paso a los poetas », y desfilan Monsalve, Navarro Viola, García Merou... Los jóvenes cantores de hoy pueden meditar con provecho estos consejos de entonces : « Nótese siempre en las composiciones de la primera juventud, como su rasgo primordial, la savia que sobreabunda, o en términos más correctos, la producción excesiva. Se dice todo, cuando nada hay adherido íntimamente a nuestro sér y lo que se lleva adentro es en su mayor parte reflejo de lecturas, de imaginaciones fugitivas o de impresiones extrañas. Pero, ¡cuán penosamente suben del corazón a los labios aquellas palabras que antes de ser trazadas por la pluma, han asomado como lágrimas en los ojos ! Es necesario ser severo consigo mismo. No todo lo que se escribe pertenece irrevocablemente al

público. Cien versos mediocres relegados al olvido hacen brotar de pronto a la memoria un verso con alas. Hay, además magnificencia en dejar algo para sí. — ¿ Cuándo y en qué revista publicarás esta composición ? — preguntaba una vez Pablo de Musset a su hermano. — No, la guardo para mí, — respondió el cantor de Rolla. — Este es mi lujo. — Nuestros jóvenes poetas deben reflexionar sobre este tema. La facilidad es atrayente, pero es engañosa (1). »

La autoridad de su palabra, lo instantáneo del éxito, manifiesta evidentes concordancias entre el escritor y su público. Satisfacía, inconscientemente, elementos de sensibilidad o disposiciones activas que no habían encontrado intérprete en producciones anteriores. Desde Taine sabemos que las obras artísticas son fenómenos condicionados por la naturaleza y el medio social, en cada tiempo y lugar. Las manifestaciones literarias aparecen así, no como productos desvinculados y caprichosos, sino como la expresión idealizada del agregado en que naciera. Las ideas y emociones que en ella viven y palpitan nacen y se desarrollan en función de su ambiente.

Con la generación nacida en el destierro, habían llegado nuevas maneras de sentir y de pen-

(1) Tomo I, página 180.



sar. Hombres y libros nuevos conducían nuestra cultura incipiente. Los salones se habían transformado : la urbanidad cedía su puesto a la galantería. Se viajaba a Europa con frecuencia, y ya no era *chic* hablar español en nuestro mundo. El figurín llegado de París había desterrado para siempre el mantón de merino, el reboso, el chal de espumilla prendido en el carey horadado del peinetón altanero. Y para que la transformación fuera completa, algunas mujeres cultivaban las letras...

Guido en el verso, Avellaneda en la prosa, son exponentes perfectos de su tiempo y de su hora. En ellos se encarnan las dispersas intenciones de un arte esmerado ; persiguiendo aquél un clasicismo que no alcanzó jamás ; buscando éste los secretos de una prosa armoniosa ; convencidos ambos, de que si el talento es nativo, sólo la voluntad lo perfecciona. Laboriosos obreros de la prosa y del verso, al traer las altas preocupaciones del estilo, la frase lapidaria, el aguijón ático, la gracia sonriente, prepararon desde lejos la gran revolución que, culminando en Darío, dió al ritmo castellano ligereza de ala y suavidad de seda.

Después del 80, libre ya Avellaneda de las graves responsabilidades que lo absorbían, las letras lo reclamaron para sí. Al ensancharse el círculo de sus lecturas, su estilo se perfeccio-

na. Si el prosista se torna más preciso, el orador prodiga menos los arranques sonoros. Las serenas cisternas del mundo pagano, donde abrevara su juventud sedienta, agitadas al recibir las aguas torrenciales del romanticismo, empezaban a recuperar su primitiva limpidez. A no mediar la muerte, las letras argentinas hubieran recogido *la obra* que enriquece la cultura universal.

## VIII

¿Recordáis la paradoja de Nordau sobre la gloria? El amor de la mujer, que fué en un principio el objeto y el premio de la lucha entre los hombres, continúa alimentando, por vertientes ocultas, las aspiraciones más elevadas de la voluntad de poder.

Toda embriaguez de victoria va acompañada de armónicas sensuales y en la imaginación del ambicioso hay siempre, en torno de la gloria, un coro de vagas siluetas femeninas.

Cuando Avellaneda adolescente llegó por vez primera a Buenos Aires con la firme resolución de convertirla en tribuna de sus triunfos, pronunció, conmovido, ante los negros ojos de las porteñas, esta salutación, que quizá sea la fórmula inconsciente de toda juventud combati-

va : « *Ave foemina* : el que ha de luchar y palidecer por tí, te saluda » (1).

Desde entonces, no hay una sola de sus páginas que no denuncie la influencia de esa atmósfera de ideas finas y sentimientos delicados, que esparcen en torno suyo las mujeres verdaderamente superiores. Libre de influencias extrañas, el espíritu femenino tiene del mundo una visión más directa. No alcanza, sin duda, a la concepción vigorosa o a la lógica impecable, pero le es privativo la comprensión del matiz y el gusto de lo exquisito.

« Yo quiero a la mujer — escribe. La quiero frágil, voluble, falsa, vibrante como el pájaro en su entusiasmo, incapaz de pasión. Pero esas hojas que suave el viento desprende de su corola ¡cómo caen sobre mi vida para perfumar sus horas! (2) »

De sus billetes galantes nos han llegado algunos. No merecen todos, por cierto, igual recuerdo... Escogemos éste de tan delicada cortesanía : « Salí yo mismo a buscar el libro, y lo he encontrado con dificultad. Mejor. Así el pequeño obsequio adquiere algún valor. Usted se queda en la juventud y en la vida. Yo me voy, y pronto habré pasado delante de usted como una som-

(1) Tomo I, página 4.

(2) Tomo III, página 142.



bra. Quiero, a lo menos, que al abrir uno de estos libros recuerde alguna vez que hubo un cariño que no la turbó en su vida, que nunca le habló de sí, y que para llegar hasta usted y hacerse perdonar, se valió de la voz de los grandes poetas, que habrían escrito para usted si la hubieran conocido (1). » Y este otro, de tan deliciosa ternura :

« Aguardaba tu día para saludarlo con flores. Éstas no se marchitan cuando la juventud las ostenta en su frente, o las lleva en su seno.

« No tengo ya en mi memoria sino palabras antiguas para ensalzar los encantos nuevos que se ofrecen a mis ojos. Sólo puedo decirte, como el viejo poeta Horacio : *Oh ! mater pulcra, filia pulcrior !* — ¡ Oh ! hija tan hermosa como tu madre hermosa !

« Sé también, como ella, linda y buena. »

Como si hubiera deseado acentuar el tono de velada confidencia, parece que Avellaneda pensara en sí, al atribuir a Berryer estas palabras entusiastas : « Debo a mi organización de orador, placeres de una intensidad incomparable. Cuando la pasión me arrastra, haciendo desbordar el torrente de mis palabras, siento físicamente transportes tan vivos, como si oprimiera una mujer amada entre mis brazos. »

(1) Tomo III, página 151.

Tal vez por eso, un rumor armonioso poetiza su recuerdo. Años después de la muerte, al visitar la tumba, los deudos encuentran muchas veces el delicado homenaje de flores anónimas, pero que denuncian en la elección y en el arreglo, el amor de piadosas manos femeninas. Que esas figuras exquisitas de mujeres, queden también en torno de su estatua, a la manera de aquellas otras « radiosas y brillantes, que los discípulos de Van Dick pintaban inclinándose sobre los marcos y mirando con asombro los retratos del maestro ». Si no hay tampoco un nuevo rayo de luz, habrá empero, un perfume más para su obra.

— 275 —





